
LOS LAGOS DE SAN VICENTE

Personas que hablan en ella

- **FERNANDO, Rey**
- **Don TELLO**
- **Doña BLANCA**
- **Dos CAUTIVOS**
- **AXA, mora**
- **REY Moro**
- **CARRASCO, pastor**
- **MARI Pablos**
- **MÚSICOS**
- **ALÍ Petrán, moro**
- **Dos MOROS**
- **Don GUTIERRE**
- **Don GARCÍA**
- **CASILDA, santa**
- **San VICENTE, mártir**
- **ABÉN Rogel, moro**
- **Nuestra Señora, Santa MARÍA**
- **Juan PASCUAL, rústico**
- **Dos PASTORES**

ACTO PRIMERO

En lo alto de unos riscos PASCUAL, villano, muy a lo grosero con un bastón y una honda. Por la mitad de los riscos el Rey don FERNANDO, de caza

PASCUAL: ¡Hao! Que espantáis el cabrío.

¡Verá por dó se metió!

¡Valga el diablo al que os parió!

Echá por acá, jodío.

Teneos el abigarrado.

FERNANDO: Enriscado me perdí;

Pastor, acércate aquí.

PASCUAL: Sí, acercáosle, que espetado;

pues yo os juro a non de san

que si avisaros no bonda

y escopetina la honda

tres libras de mazapán,

mijor diré mazapiedra

¡Hao! Que se mos descarría

el hato.

FERNANDO: Escucha.

PASCUAL: Aún sería

el diablo; verá la medra

con que mos vino; arre allá

hombre del diablo, ¿estás loco?

Ve bajando poco a poco,

no por ahí, ancia acá.

¡Voto a san, si te deslizas...

FERNANDO: Acerca, dame la mano.

PASCUAL: Que has de llegar a lo llano,

bueno para longanizas.

*Alárgale el bastón para que se tenga a
él*

Agarraos a este garrote.
 ¿Quién diabros, por aquí os trujo?
 Teneos bien, que si os rempujo,
 no doy por vuesto cogote
 un pito.

FERNANDO: ¿Qué tierra es ésta?

PASCUAL: La Bureba de Castilla.

FERNANDO: ¡Notables riscos!

PASCUAL: Mancilla
 vos tengo.

FERNANDO: ¡Qué extraña cuesta!

PASCUAL: Llámase Espanta roínes.

FERNANDO: No sé yo que haya en España
 tan escabrosa montaña.

PASCUAL: Mala es para con chapines.

Van bajando

Dad acá la mano.

Con guante

FERNANDO: Toma.

PASCUAL: ¿Hay mano con tal brandura?

O sois vagamundo o cura.

Echad por aquesta loma.

Con tiento, hao, que caeréis.

FERNANDO: ¿Hay peñas más enriscadas?

PASCUAL: Manos de lana y peinadas

guedejas: hao, no me oléis

a poleo. Pregue a Dios

que no encarezcáis la leña.

FERNANDO: No malicies.

PASCUAL: Pues hay dueña

que las tenga como vos?

FERNANDO: ¿Nunca viste guantes?

PASCUAL: ¿Qué?

FERNANDO: Éstos. (¡Simple es el villano!) Aparte

Vase descalzando el guante

PASCUAL: Hao, que os desolláis la mano.

¿Estáis borracho?, a la he,
que debéis ser hechicero.

E pellejo se ha quitado
y la mano le ha quedado
sana, apartada del cuero.

Las mías el azadón
les ha enforado de callos;
pues que sabéis desollallos
hedme alguna encantación,
o endilgadme vos el cómo
se quitan, que Mari Pabros
se suele dar a los diabros
cuando la barba la tomo.

FERNANDO: ¡Sazonada rustiqueza!

PASCUAL: Por aquí, que poco falta
de la sierra.

FERNANDO: Ella es bien alta
y asombrosa su aspereza.

PASCUAL: Y decid, por vuesa vida,
qué, ¿se puede desollar,
la mano sin desangrar
quedando entera y guarrida?

FERNANDO: Anda, necio; la que ves
es una piel de cabrito
o cordobán.

PASCUAL: Sí; bonito
soy yo.

FERNANDO: Adóbanla después
y ajustándola a la mano
del aire y sol la defiende.

PASCUAL: ¡Qué bueno! O sois brujo o duende.
¿Pensáis, aunque só serrano
burlarme? ¿No está apegada
con la carne esotra?

FERNANDO: No.

PASCUAL: ¿No os la vi desollar yo?

FERNANDO: Estaba en ella encerrada
como tu pie en esta abarca.

PASCUAL: Si las atáis por traviesas
dejaradeslas vos presas
o metidas en el arca.
Mari Pabros me pedía
la mía de matrimeño,
y yo, como amor la enseño,
dándola aquesta vacía,
burlada se quedará
si por Olalla la dejo;
que hay mano que da el pellejo
pero no la voluntá.
Y porque ya estáis abajo
adiós, que al hato me vó.

FERNANDO: Quiero desempeñar yo
las deudas de tu trabajo.
Toma este anillo.

PASCUAL: ¿Este qué?

FERNANDO: Anillo es de oro.

PASCUAL: Verá,
de prata los hay acá
mijores; se le daré
a Mari Pabros, señor.
¿Qué es esto que relumbrina?

FERNANDO: Un diamante, piedra fina.

PASCUAL: ¿Lo que llaman esprendor
el ruta y el boticario?

FERNANDO: ¿Quién?

PASCUAL: Un par de entendimientos
que, a falta de pensamientos,
nos habran tras ordinario
y hay en nueso pueblo quien
mos avisa; estos que oís
echan al pan negro anís
para que oros sepa bien.

Sale don TELLO, desnuda la espada y en cuerpo

TELLO: Quien no cumple obligaciones
de valor y de amistad
pague así su deslealtad
y venga sus sinrazones.

FERNANDO: Tened, don Tello, ¿qué es esto?
¿Vos con la espada desnuda?

TELLO: Señor, un agravio muda
leyes que amor había puesto.
Cazando os habéis perdido,
pero podréis os hallar
a vos mismo, si excusar
sentimientos sois servido
de quien valor interesa
y busca satisfacción.
Cazad, Fernando, el blasón
de igual, que es sabrosa presa
digna de las majestades
en que se retrata Dios.
Verdades huyen de vos;
seguid, señor, las verdades.

FERNANDO: Pues ¿a qué fin es todo eso?

TELLO: Don Diego, favorecido
de vos, muchos ha ofendido,
que el privar ofusca el seso;
y yo que de él confié
prendas de la voluntad,
quejoso de su amistad
en esta sierra saqué
con su sangre el sentimiento
de mi agravio. No sé yo
si vive. Sé que quedó
herido y con escarmiento.
Temo el poder coronado
de un Rey que se subordina
a leyes que amor inclina
contra la razón de estado.
Siento seguirme su gente
y el riesgo no da lugar

a poderos declarar
la ocasión que tuve urgente.

Si vos la verdad seguís,
que os suplico que busquéis,
en los yermos la hallaréis,
y si templado la oís
sabréis el agravio mío;
mas si os tiene el favor ciego
de doña Blanca y don Diego,
aunque enemigo, os la fío.

FERNANDO: Don Tello, esperad.

TELLO: No puedo,
gran señor, aunque os adoro,
que os he ofendido; al Rey moro
voy a servir de Toledo.

Vase don TELLO. Sale doña BLANCA

BLANCA: Fernando generoso,
a quien debe Castilla
el título de reino
si el de condado olvida,
y en hermandad eterna
acuartelados pintas
castillos y leones
en unas armas mismas,
escucha agravios tuyos,
porque entre injurias mías
a ti te satisfagas,
a mí me des justicia.
Mi nombre es doña Blanca,
ya blanco de desdichas,
a quien airados cielos
con triste aspecto miran.
Señora de estos montes,
de estas sierras altivas,
mis padres castigaron
por heredarlos hija.
Unica fui en Briviesca,

solar y casa antigua
de mis antepasados;
notoria fue su estima.
Mis años eran pocos
y menos la noticia
forzosa a una doncella
ya madre de familias.
Don Tello de Velasco,
cuyas tierras vecinas
le hicieron, si no deudo,
doméstico en mi villa,
multiplicaba en ella
frecuencias compasivas
a que le ocasionaban
el verme sola y rica.
Menesterosa entonces
de quien con manos limpias
mi hacienda administrase,
que en huérfanos peligra,
tomóla por su cuenta,
y al paso que crecían
mis réditos y censos,
crecieron sus visitas.
Menguó en vulgares lenguas
la fama, que lastiman
con sombras de verdades
hipócritas mentiras.
Llegaron estas nuevas
despacio a mi noticia,
puesto que siendo malas
suelen llegar de prisa.
Y como la advertencia
después de la puericia
en juventudes nobles
lo lícito limita,
en lo que no lo era,
por refrenar malicias,
quise, si no atajarlas,
honrada, reprimirlas.
Para esto, vergonzosa,

llamé a don Tello un día
y entre vislumbres arduas
examinando cifras,
le dije, "Diligencias
que alientan cortesías
y desinteresadas,
si no empeñan, obligan,
han dado al ocio infame
sospechas y premisas
que a mi opinión se atreven,
que vuestra fama eclipsan.
Ya suele juzgar verde
la nieve quien la vista
por verdes vidrieras
socorre, cuando mira.
¿Qué mucho, si villanos
ociosos nos registran
con maliciosos ojos,
que juzguen a malicia
desvelos de nobleza,
queriendo que se midan
con sus intentos torpes
acciones comedidas?
El veros tan afecto
diligenciar prolijas
agencias de mi hacienda
por vos restitüida,
remiso en vuestra casa,
solícito en la mía,
cuidando mis aumentos
y frecuentar venidas,
no siendo nuestra sangre
por vínculos propincua,
la edad ocasionada
en vos y en mí florida;
vos hombre, mujer yo,
y en ellas perseguida
la fama, si nos notan
no os cause maravilla,
que yo os juro, don Tello,

que a no ser presumida
aventurara aciertos
de este confuso enigma.
Porque oficiosas muestras
después de tantos días,
con tal perseverancia
aunque el silencio oprima,
señales acreedoras
por sí mismas me avisan,
que agencias sin retornos
o mueren o se entibian.
Ya yo me he declarado.
Quien debe, y noble libra
hidalgos desempeños,
no quiere trampear ditas.
Los vuestros reconozco
y sé que se acreditan
con el cortés silencio,
que cuando beneficia
el bien nacido, calla;
porque ajustar partidas
de amantes pretensiones
serán mercadurías.
Mirad en este caso
lo que la vuestra arbitra,
y sea desmintiendo
los que nos fiscalizan,
o limitando el verme
y de mi casa y vida,
si administrador, dueño
creciendo a mi amor dichas."
Dije, y él, cortesano,
con lengua agradecida
no osó afirmar con alma,
que tal vez son distintas
palabras de intenciones,
encareció la estima
de mis ofrecimientos,
y con respuesta ambigua
enmarañó esperanzas,

puesto qué ya yo veía
que amante que no otorga
es fuerza que despida.
Partióse a vuestra corte,
y en ella comunica
secretos a don Diego,
cuya amistad antigua
abrió puertas al alma,
si es licito el abrirla
en daño de tercero
quien guarda cortesías.
Dijo, que si me hallase,
volviendo, maravilla
de ausentes con firmeza,
entonces dispondría
su amor y mis deseos;
porque aunque se edifica
de piedras una casa,
se cae si no se habita.
Partió Tello a la guerra,
y mientras se ejercita
en merecer laureles,
acá le descaminan
la paz, curiosidades
que siempre patrocinan
amores, cuando el ocio
a la ocasión prohija.
Habíame alabado
don Tello por la cifra
de hermosas y discretas;
estaba yo ofendida
de necias dilaciones
que plazos diferían,
pecando de groseras
por sobra de advertidas.
Vino don Diego a verme
cuando esta monarquía
por descansar sus hombros
en él su peso alivia;
su amigo fue don Tello;

mas siendo, como afirman,
en ellos sola un alma,
gobierno de dos vidas,
debió tener por cierto
que le pertenecía
la acción de pretenderme;
y para proseguirla
ocasionó frecuencias,
sirvióme algunos días,
correspondíle grata,
sus prendas conocidas,
y el interés de verle,
que con tu alteza priva
me hicieron estimarle
con fe tan excesiva,
que cohechando al sueño
gozaba en él su vista.
Pasáronse dos meses,
volvió, ya reducida
Galicia a tu obediencia,
don Tello a esta provincia;
hallóme ya prendada,
y supo que admitía,
en fe de sus tibiezas,
al dueño de su envidia.
Disimuló pesares
hasta que, vengativa,
su espada en esta caza
le hiere y me lastima.
A tu favor se atreve,
contra mi amor conspira,
y huyendo tus venganzas
las imposibilita.
Despacha, rey, enojos
que vuelen y le sigan,
alas de fuego lleva
la espada de justicia.
Todo el poder lo alcanza;
a Dios, Fernando, imita
la furia de los reyes

que igualmente castigan
 agravios coronados,
 privanzas ofendidas,
 sin reservar lugares
 los rayos de su ira.

FERNANDO: Más siento vuestro pesar
 que el que mi enojo interesa;
 alzad, alzad.

PASCUAL: Pulla es ésa;
 ¿qué diablos tiene de alzar?
 Estése quedo: ¿no veye
 que es nuesa ama?

BLANCA: Sois rey vos,
 sol de España.

PASCUAL: Mas, por Dios,
 ¿y que era su merced el reye?
 Somos bestias los villanos.
 No en balde trae otro par
 de manos, que para dar
 todo el reye ha de ser manos;
 deme una pata a besar.

*Salen don GARCÍA y don
 GUTIERRE*

GARCÍA: Aunque fue grande la herida
 no corre riesgo su vida.

FERNANDO: Todo hoy ha sido azar;
 ¿adónde don Diego está?

GUTIERRE: En esta quinta procura
 la piedad y la hermosura
 de quien hospicio le da
 que el regalo y la caricia
 disminuyan su dolor.

FERNANDO: Cura por ensalmo amor.
 Ya, Blanca, tengo noticia
 de que os conocen por dueño
 esta quinta y su lugar;
 con una acción he de dar

dos saludes al empeño
 de voluntad con que os llama
 el herido su acreedora,
 y al mal, que siempre mejora
 viendo a su prenda quien ama.

Yo quiero, siendo el doctor,
 que de una vez convalezcan:
 méritos suyos merezcan
 el mío y vuestro favor.

Hoy le habéis de dar la mano,
 que es la más justa venganza
 que apetece su esperanza
 y vuestro amor.

BLANCA: Mucho gano
 en que esté tan por tu cuenta,
 gran señor, nuestra ventura,
 porque la envidie segura
 quien sus principios violenta.

Pero ¿a quién tengo de dar
 la mano que disponéis?

FERNANDO: ¿Cómo a quién? ¿Vos no queréis
 a don Diego?

BLANCA: ¿Yo? Obligar
 me supo poco don Tello;
 pero en efecto, señor...

FERNANDO: ¿Tenéis á don Tello amor?

BLANCA: En los ojos puede vello
 vuestra alteza. Si le pido
 venganza de él, ¿de qué suerte
 le tendré amor? Caso fuerte
 es que a don Diego haya herido,
 y que ofendiéndoos a vos
 se ausente y huya seguro.

FERNANDO: Aunque entenderos procuro,
 no os doy alcance, por Dios.

Si don Diego os ha obligado
 y vos le correspondéis,
 ¿qué más venganza queréis
 que á don Tello desterrado
 y a su enemigo mayor

dueño vuestro?

BLANCA: Ya yo sé
que cuando en posesión ve
quien ama al competidor,
se abrasa; y sé que don Tello
por extremo ha de sentirlo,
mas no atormenta el oírlo
tanto, señor, como el vello.
Venga y muera entre desvelos
quien nos ofende a los dos.

FERNANDO: ¿No queréis, Blanca, mal vos
a quien pretendéis dar celos?

BLANCA: Con tormentos más extraños
satisfaré mi rigor;
que estos no son, gran señor,
celos.

FERNANDO: ¿Pues qué?

BLANCA: Desengaños.

FERNANDO: Decís bien; y según eso
ninguno cual yo podrá
ejecutarlos; ya está
quien os ha ofendido preso.

BLANCA: ¿Quién, señor?

FERNANDO: Don Tello.

BLANCA: ¿Dónde?

FERNANDO: No está la pena distinta
del delito; vuestra quinta
al uno y al otro esconde.
Llegó, la espada desnuda,
a mi presencia don Tello;
humilló a mis pies su cuello,
que siempre la ofensa es muda,
y yo, si no vengativo,
justiciero, le mandé
prender aquí mientras dé
don Diego, puesto que vivo,
miedo al peligro. Cortarle
pienso, cuando os desposéis,
la cabeza.

BLANCA: No querréis,

señor, ese premio darle
a quien os ha reducido
casi un reino amotinado.

FERNANDO: Su fiscal sois y abogado;
justicia me habéis pedido;
pues ¿cómo alegáis ahora
servicios suyos?

BLANCA: No son
indignos de compasión
los agravios.

FERNANDO: Pues, señora,
o vos le habéis de llorar
hoy sin vida a vuestros ojos,
o para atajar enojos
con vos se ha de desposar.

BLANCA: Como perdón se le dé
los pies mil veces os beso.

FERNANDO: Sosegaos, que no está preso
ni aquí.

BLANCA: ¿Pues dónde?

FERNANDO: No sé.

BLANCA: ¿Ya engañan las majestades?

FERNANDO: Siempre que engañan bellezas
importa que sutilezas
desembocen voluntades.
De la vuestra he colegido
que a título de ofenderle
procurábades tenerle
antes preso que perdido.

BLANCA: Confieso aquesa verdad.

FERNANDO: Pues para desagraviarla
si intentases disfrazarla,
y es bien premiar voluntad
de quien arriesgó su vida
por lograr en vos su amor,
y es digno de este favor
mi intercesión y su herida,
hoy habéis de ser esposa
de don Diego, y yo el padrino;
destierre su desatino

a quien con ira alevosa
 aguarda que yo me pierda
 en estas sierras cazando,
 y a quien estimo engañando
 ofende; así, vos sois cuerda
 y en vuestra discreción funda
 su salud quien os adora.

BLANCA: ¡Gran señor!...

FERNANDO: Más acreedora
 es la voluntad segunda,
 que a don Diego confesáis,
 que la que don Tello os debe,
 pues a amaros no se atreve
 mientras celos no le dais.

BLANCA: No es bastante razón ésa
 para que...

FERNANDO: Ved a don Diego.

BLANCA: No violente mi sosiego
 vuestra alteza.

PASCUAL: ¿Reye artesa?

FERNANDO: Yo gusto de esto.

BLANCA: Alma mía,
 contra vos no hay majestad.

PASCUAL: ¿Reye artesa?

FERNANDO: Entrad, entrad.

PASCUAL: Entre vuesa artesería.

*Vanse todos. Salen tres MOROS peleando con don
 TELLO, y deteniéndolo ALÍ PETRÁN,
 también moro*

ALÍ: Dejadle, deteneos,
 que para tal Alcides sois pigmeos;
 por Alá soberano
 que vibra Jove rayos en su mano.
 ¿Hay valor semejante?
 ¡Bárbaros, retiraos, quitaos delante.

LOS TRES: ¡Muera!

ALÍ: ¿Cómo que muera?

A vuestras manos, desdichado fuera.

¿Hay más bizarro ALÍento?

MORO 1: Cuatro alcaldes ha muerto.

ALÍ: Fueran ciento,
 fueran mil y aún son pocos
 para el esfuerzo suyo. Apartad, locos,
 retiraos, o a su lado
 haréis por fuerza lo que no de grado.
 ¿De cuándo acá, atrevidos,
 me desobececéis?

MORO 2: Muertos y heridos
 piden justa venganza.

ALÍ: ¡Oh, infames! por Mahoma, si os alcanza
 la cimitarra mía,
 que habéis de llorar trágico este día.

MORO 1: Eres príncipe nuestro.
 Obedecerte es fuerza.

Vanse los MOROS

ALÍ: Envidia nuestro
 a tu valor; sosiega,
 recóbrate, descansa, que no ciega
 la emulación honrosa,
 pues también hay envidia generosa.

TELLO: Mayor me la ha causado
 tu noble proceder; ya he respirado
 del riesgo que corría,
 descanso en brazos de tu cortesía;
 porque en el bien nacido
 lo mismo es obligado que rendido.
 Logra victorias, toma.

Vale a dar la espada

ALÍ: No has de vencerme en todo, por Mahoma;
 basta que en lo hazañoso
 salgas, Marte cristiano, victorioso.

Envaina el noble acero
 y págale mejor, que más te quiero,
 cuando obligarte trato,
 conmigo armado que con él ingrato.
 ¿Adónde ibas? ¿Quién eres?

TELLO: Yo soy un escarmiento de mujeres;
 juego de sus mudanzas;
 verdugo de mis mismas esperanzas.
 Por una que me quiso
 me destierra el amor del paraíso
 de su hermosura ingrata;
 una inconstancia ausente me maltrata;
 una amistad aleve
 paga en traiciones la lealtad que debe.
 Un rey a quien hechiza,
 ciego, sus desaciertos autoriza;
 y porque satisfago
 injurias, me destierra y llevo el pago
 que dan pasiones reales;
 mas ¿cuándo se premiaron los leales?
 Yo, moro generoso,
 huyo, en efecto, amando por celoso,
 por noble vengativo,
 por vasallo de un rey ponderativo.
 De quejas de privados
 que injurian amistades, destemplados,
 determiné en Toledo
 dar lugar al rigor, sagrado al miedo,
 lástima a su rey moro,
 contento ausente a la beldad que adoro,
 pesar a mis amigos,
 venganza a envidias, al amor castigos,
 al olvido licencia
 y el alma a los peligros de la ausencia.
 Partí desesperado,
 pues todo es uno, loco y desdeñado;
 asáltome esta tarde
 sin oirme, tu campo e hizo alarde
 no el valor, la locura,
 de enojos que juzgara por ventura.

Pues siendo el morir cierto
 más honroso blasón es quedar muerto
 a manos de escuadrones
 que de olvidos, agravios y traiciones.

ALÍ: Mucho a tu rey le debo
 por el agravio que me avisas nuevo;
 mucho a tu falso amigo,
 pues mi dicha estribaba en su castigo;
 mucho más a tu dama,
 pues te conozco porque te desama,
 aunque será excelente
 si es tan hermosa, como tú vALÍente.
 Si el rigor coronado
 vienes huyendo que irritó un privado
 y en el rey de Toledo
 libras tu amparo, príncipe le heredo.
 Alí Petrán me llamo,
 Almenón es mi padre, nobles amo,
 y a ti, que sobre todos
 resucitas blasones de los godos,
 la inclinación de Marte
 con mi amparo me trajo hacia esta parte;
 que no es la vez primera
 que me recibe el Tajo en su ribera,
 y en sus márgenes rojos
 ovación, si no triunfos de despojos,
 con risueñas señales
 me sale a hacer aplausos de cristales.
 Ya han visto mis hazañas
 de la ulterior Castilla las montañas,
 ya han llorado su estrago
 los elevados cerros de Buitrago.
 Pero ninguna presa
 la fama de mis armas interesa
 como la que hoy consigo
 en merecer ganarte por amigo.
 Marchemos a Toledo,
 sino es que amante persuadirte puedo,
 a que con diez mil hombres
 tu reino asaltes, tu enemigo asombres.

Tu misma patria tema,
 Burgos te dé en su silla su diadema,
 y asombrando tu fama
 te adore por reinar tu fácil dama.

TELLO: Príncipe generoso,
 de puro desdichado soy dichoso,
 dame esos pies.

ALÍ: La mano
 ¿no es mejor? Por Mahoma soberano
 que me inclinas a amarte,
 de suerte que me atrevo a entronizarte
 en la cristiana villa
 del reino, antes condado, de Castilla.
 ¿Quieres hacer hoy. prueba
 de mi amistad?

TELLO: Mi lauro es que tan nueva
 contigo pueda tanto.
 La lealtad es blasón ilustre y santo;
 nobleza me acompaña,
 no ha de infamar segunda vez a España
 otro Julián segundo,
 oprobio del Bautismo, asombro al mundo.
 Reine infinitos años
 Fernando, y denle luz los desengaños
 que eclipsa un lisonjero;
 de cuantos me prometes sólo quiero
 un favor que me llama
 a nueva dicha.

ALÍ: ¿Y es?

TELLO: Robar mi dama,
 que será fácil cosa;
 porque cerca de aquí, ni recelosa
 de asalto semejante,
 ni con pesar de que olvidó a su amante,
 al pie de la Bureva
 mora una quinta, donde Flora nueva,
 los planteles que pisa
 rosas la sirven y la adulan risa.
 La soledad ociosa
 y la sierra de suyo tan fragosa,

que al cielo besar piensa,
 de sí misma presidio es su defensa.
 Si de sus sierras altas
 franqueamos estorbos, y la asaltas
 en el silencio obscuro,
 de agravios y de celos me aseguro;
 mis pesares mitigo,
 venganza cobro, injurio a mi enemigo,
 y viendo que pudiera
 destruírle este reino si quisiera,
 dejándole sin daño,
 obligo al rey, si no le degengaño;
 con que ofrecerte puedo
 perpetua esclavitud, vuelto a Toledo.

ALÍ: No digas más; mis moros,
 mi voluntad, mis armas, mis tesoros
 son tuyos; la Fortuna
 patrocine tu amor; cubra la luna
 presunciones de plata
 aquesta noche a tus intentos grata.

TELLO: Pon tus pies en mi cuello.

ALÍ: Alza y marchemos. ¿Llamaste?...

TELLO: Don Tello.

*Vanse. Salen CASILDA, de mora bizarram y AXA
 mora*

CASILDA: Mira si alguno nos vio.

AXA: ¿No basta que Alá nos vea
 si Mahoma, que desea
 que seas reina, se ofendió
 de que lleves cada día
 de comer a los cristianos
 y que por tus mismas manos
 los regales?

CASILDA: No sería
 él tan santo y tan profeta
 si mostrase indignación
 porque tengo compasión
 de estos míseros; respeta

el que es fiel todo retrato
de su príncipe y en él,
ya esté en lienzo, ya en papel,
pena de ofenderle ingrato.

Mostrar su lealtad procura,
y cuando en él ve su cara,
no en el lienzo vil repara,
sino sólo en su figura.

De Alá semejanza son
los cautivos, Axa mía;
él los conserva y los cría,
y en esto no hay distinción
de nosotros; poco va
para que yo los estime,
si en ellos su copia imprime
y son retratos de Alá,
que la materia sea o no
de valor, pues le retrata,
que no al lienzo ni a la plata,
la imagen respeto yo.

AXA: Siendo tú princesa

CASILDA: ¡Ay Axa!

¡quién te pudiera decir
cosas que intento encubrir
y no puedo! Juzga baja
y extraña mi inclinación,
que una vez que no piedad,
sino la curiosidad,
me llevó a ver su prisión,
aprendí cosas en ella
con que infinitas me obliga,
a que los ame y los siga.
¿Podréme yo, prima bella,
fiar de tí?

AXA: Si me amaras

pudieras no me agraviar
con tener y recelar
secretos en que reparas.

¿Tan poco te estimo yo
que cuando, lo que no creo,

te arrojara tu deseo
a amar a un cautivo?

CASILDA: No;
 no, prima, cierra la boca;
a todos juntos los amo;
pero no por esto infamo
mi opinión, liviana o loca.

AXA: Pues ¿qué tienes que fiarme?

CASILDA: Mira, después que frecuento
 el calabozo violento
 que compasión pudo darme,
 y curiosa de saber
los misterios en que estriba
de tanta gente cautiva
la profesión, llevo a ver,
 no sé si te diga engaños
de la nuestra.

AXA: ¿Estás en tí?

CASILDA: Será, prima, frenesí
 que quiere eclipsar mis años.
 Mas nadie ya me persuada
después que en su escuela asisto,
que si es falsa la de Cristo
no es su ley más concertada.
 Hallo mil contradicciones
en la de nuestro Alcorán,
y que sus preceptos dan
licencias y no razones.
 Si le pregunto a un cristiano
¿cómo puede ser que Dios
con naturalezas dos,
siendo divino y humano,
 sola una persona sea?
con discursos y sentencias,
ejemplos y congruencias
me ocasiona a que lo crea.
 No hay tan difícil secreto
en su ley que no permita
disputas con que acredita
su fe el cristiano discreto.

Pregunta tú a un alfaquí,
o al morabito mayor,
¿por qué causa, siendo amor
unidad que enlaza en sí
dos almas, es bien conceda
Alá, contra su decoro,
ley para casarse el moro
con cuantas sustentar pueda?

Si le replicas diciendo
que el amor pide igualdad
y dando mi voluntad
al esposo que pretendo
es justo me satisfaga
con un alma toda unida,
entera y no repartida,
que amor con amor se paga,
responderá, "No hay cuestiones
para eso en mi ley sagrada;
sólo consiste en la espada
su verdad, y no en razones."

Yo defiendo y no disputo.
Pues si no hay más fundamento,
Axa, nuestro entendimiento,
¿en qué difiere del bruto?

Según aquesta quimera
que discursos no consiente,
el que fuere más valiente
tendrá ley más verdadera.

De donde, porque te asombres,
saco que es, en conclusión,
mejor ley la del león
que despedaza a los hombres.

AXA: Suplícote que no trates
en eso, que me das pena.

CASILDA: Su ley, Axa, será buena
mas huéleme a disparates.

AXA: Ésa es blasfemia.

CASILDA: Oye ahora.
¿Persuadiráste a creer
que Mahoma, para ver

los palacios que Alá mora,
 suba por una escalera
a los siete paraísos
que nos vende; y que divisos
unos de otros, cada esfera
 conforme afirma en la Suna
y en el Alcorán, dilata
por ellos tanto oro y plata
que empobrece la Fortuna?
 ¿Tanto diamante y topacio,
tanta multitud de perlas
que no hay ojos para verlas;
tanto jardín y palacio,
 tanto arroyo cristalino,
que siete cielos regando
están perennes brotando
néctar, leche, miel y vino?
 ¿Aquel árbol que se nombra
Tubba, tan grande y frondoso,
que descansa deleitoso
el cielo todo a su sombra;
 de tanta felicidad
que cada hoja es un tesoro
y siendo la mitad de oro
es plata la otra mitad;
 donde el nombre de Alá santo
y de Mahoma está escrito,
sin juzgarle por delito
que un hombre merezca tanto?
 ¿Para qué tapicerías
de púrpura y seda en redes
adornando sus paredes,
donde sin noches los días
 no necesitan de abrigo?
 ¿Para qué alcatifas tantas,
si estrellas pisan las plantas
de Alá y de quien es su amigo?
 ¿Para qué, si la sed falta,
aquellas dos fuentes bellas
que con cada gota de ellas

de plata, Apolo se esmalta?
 ¿Cómo podré yo creer,
 sin que el seso se desmande,
 que cada fuente es tan grande
 que llega, prima, a tener
 sesenta mil y más leguas?
 ¿Hay disparate mayor?
 ¿Y que ofrece en derredor,
 por dar al cansancio treguas,
 más tazas y vasos, prima,
 que tiene estrellas el cielo,
 donde bebe sin recelo
 quien sus deleites estima?
 ¿Donde la torpeza goze
 vírgenes, si es que lo son,
 las que en lasciva afición
 el vicio torpe conoce;
 donde comiendo de modo
 que nunca el manjar enfada,
 para el alma no haya nada
 siendo para el cuerpo todo?
 ¿Persuadiráse el discreto
 que es felicidad tener
 necesidad de comer
 siendo en los vicios defeto?
 ¿Que necesite escalera
 para subir a gozar
 la gloria que le han de dar
 el moro que en Alá espera?
 Anda, prima.

AXA: No disputo
 en lo que manda Mahoma.

CASILDA: Consiste en que beba y coma
 la gloria torpe del bruto,
 no del alma, cuyo ser
 es substancia inmaterial
 que estriba intelectual
 en amar y en entender.
 Ríete de aquel banquete,
 donde coronando al vicio,

desde el día del juicio
 nuestro Alcorán nos promete
 tanto manjar sazonado,
 tanto vino generoso,
 tanto vestido curioso,
 tanto joyel esmaltado,
 dando por postre un limón
 a cada moro que huela
 y abriéndose--¿hay tal novela?--
 salga de él, con perfección
 extraña, una dama hermosa
 que con su moro se enlace
 y en fe que le satisface,
 con vida torpe y ociosa,
 sin dividirse los dos,
 estén así cincuenta años;
 ¿son dignos estos engaños
 de la pureza de Dios?

AXA: Señora, tú estás perdida.

CASILDA: Yo, prima, me ganaré.

AXA: ¿Que mucho que Alá te dé,
 siendo a su ley atrevida,
 la enfermedad que padeces?

CASILDA: Antes por favor la estimo,
 pues los intentos reprimo
 de mi padre, cuantas veces
 me pretende dar empleo,
 que es intolerable pena
 llorarme después ajena
 si a mí misma me poseo.
 Vete y déjame gozar
 a solas mis pensamientos;
 para el triste no hay contentos
 como el no comunicar
 discursos si no es consigo.

AXA: Voime, pues tú me lo mandas.
 (Amor, que riscos ablandas, Aparte
 si sospechas tuyas sigo,
 la princesa se enamora
 de algún cristiano que preso

le ha mudado, como el seso,
el alma, pues ya no es mora.

Yo averiguaré verdades,
puesto que bastantes son
para su averiguación
tristezas y soledades.)

Vase AXA

CASILDA: Pura esfera de cristal,
cómuniquemos las dos
a solas; un solo Dios
sé que hay, por luz natural.
Píntamelo corporal
la ley de nuestro profeta,
que a deleites se sujeta,
que come y bebe entre flores,
que en materiales amores
almas y cuerpos inquieta.
Enseñame la razón
que si amor se comunica
aquí es porque fructifica
la humana propagación;
no hay allá generación
de individuos, porque estriba
su gloria en que eterno viva
quien el alma le dirige,
pues ¿por qué lo torpe elige
y de lo casto nos priva?
Díceme la ley cristiana
que en estos cautivos miro,
misterios de que me admiro
y casi a su fe me allana.
Una deidad soberana,
pura, limpia y absoluta
me enseña con qué refuta
del moro los fundamentos,
un cielo sin elementos
que el tiempo jamás disfruta.

Una inmaterial limpieza
que el alma llega a tener
ocupada siempre en ver
de Dios la naturaleza;
la beatífica pureza
en que su gloria se funda;
una claridad que inunda
potencias, que deja en calma,
sobrándole tanto al alma
que hasta en los cuerpos redunda.

No se come, no se bebe,
que allá fuera imperfección,
en fogosa suspensión
sólo a ver su Dios se mueve.
Lo eterno juzga por breve
sin que se canse en mirar
de Dios el inmenso mar
donde fin no se conoce,
porque por mucho que goce
le queda más que gozar.

Todo esto está bien fundado;
todo parece seguro,
porque lo casto y lo puro
me causan notable agrado.
Sólo inquieta mi cuidado
el persuadirme a entender
que un solo Dios pueda ser
uno y tres, sin que ninguno
de aquestos tres sea del uno
distinto. ¡Extraño creer!

Un Dios simple y no compuesto
en tres personas me pinta
su ley, cada cual distinta
y cada cual un supuesto.
¿De qué suerte ha de ser esto
para que su fe ine cuadre?
Una persona que es padre
y origen de todo el bien,
con un hijo, pues ¿en quién
le engendra, no habiendo madre? ¿

Un hijo de luz sagrada
 que siempre engendra este abismo
 siempre se queda el mismo
 sin añadirsele nada?
 ¿Habrá quien me persüada
 no ser el engendrador
 en tiempo y edad mayor
 que el hijo y cuando le hereda,
 que de uno y otro proceda
 otro que todo es amor?
 ¡Tres con una voluntad!
 ¡Tres con un entendimiento!
 ¡Tres de un solo pensamiento
 y en tres sola una deidad!
 ¿Quién me dará claridad
 para no dudar después?
 Cielo, que mis ansias ves,
 enséñame de estos dos
 cuál es verdadero Dios.

Salen dos CAUTIVOS con azadones

CAUTIVO 1: Digo que es uno y son tres

y que he acertado el enigma.

CASILDA: ¡Válgame el cielo! ¿Quién da

respuesta a mis dudas? Ya
 haré de vos más estima
 ley santa.

CAUTIVO 2: Ganáis en fin,
 y que os premien es razón
 por sabio.

CASILDA: Cautivos son
 que están regando el jardín,
 sus palabras son apoyos
 de esta verdad evidente.

CAUTIVO 1: ¿No salen de aquella fuente
 distintos los tres arroyos

que dan a estos cuadros vida?

CAUTIVO 2: Negarlo fuera ignorancia.

CAUTIVO 1: ¿No es de una misma substancia

el agua en ellos unida

aunque distintos los ves?

Luego siendo su pureza

una, en la naturaleza

serán uno siendo tres.

CASILDA: En este ejemplo se fragua

mi certidumbre, ay mi Dios,

¿quién podrá unirme con vos

para gozaros?

CAUTIVO 1: El agua

fue del enigma sujeto.

CAUTIVO 2: Venid, que entra Alí Petrán

victorioso capitán.

Verémosle.

CAUTIVO 1: Yo os prometo

que aunque a Castilla destruye

y tantos ha cautivado,

su piadoso y noble agrado

valor de príncipe arguye.

CAUTIVO 2: Vamos, verémosle entrar.

*Vanse los CAUTIVOS. Música. Todo el monte,
desde la mitad arriba se abre y queda como chapitel de una torre,
levantado; descúbrese en su centro una sala adornada por
arriba y por abajo de sedas, y en medio, sobre unas parrillas,
desnudo, San VICENTE, mártir,
abrasándose*

CASILDA: Agua que tiene eficacia

de alcanzarme vuestra gracia,

¿dónde la tengo de hallar?

VICENTE: Aquí.

CASILDA: ¡Ay, cielos! una sierra

abierta por la mitad,

da a mis dudas claridad

y mis errores destierra.

¡Qué majestüoso centro!
 ¿Quién es aquél que se abrasa
 y tantos incendios pasa
 fénix de paciencia dentro?

¿Hay más deleitoso espacio?
 El risco que ya es dosel
 le sirve de chapitel
 y su interior de palacio.

¿Podré yo saber de vos
 quién sois, y tener sosiego?

VICENTE: Casilda, por agua y fuego
 se alcanza el reino de Dios.

CASILDA: Ya a su doctrina obediente
 la ceguedad no me ofusca.

VICENTE: Vicente soy. Hija, busca
 los Lagos de San Vicente,
 porque si en ellos te bañas
 de la enfermedad que tienes
 sanarás.

Cúbrese

CASILDA: ¡Qué extraños bienes
 escondéis, bellas montañas!
 Muerta por buscaros quedo;
 mis dichas os hallarán.

Dentro

VOCES: ¡Viva nuestro Alí Petrán
 por príncipe de Toledo.

Música y cajas de dentro

CASILDA: Vivid Señor, reinad vos.
 ¡Ay Lagos! Si a veros llego
 sabré que por agua y fuego
 se alcanza el reino de Dios.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen el REY moro, doña BLANCA, ALÍ Petrán,
y don TELLO*

REY: ¿Qué importa que mi corona
su jurisdicción me ofrezca
en la ciudad que blasona
imperios godos, y crezca
con triunfos que Alá ocasiona?
 ¿Qué de la circunferencia
de España, centro se llame,
y en su apacible eminencia
pródigo el cielo derrame
lo mejor de su influencia?
 ¿Qué importa haber extendido
el imperio que he adquirido,
por todo lo que no enfrena
fragosa Sierra Morena,
Guadarrama presumido;
 que me tribute Sevilla;
Córdoba a mis pies postrada,
cuando ofrecen a mi silla
parias el rey de Granada,
treguas el rey de Castilla,
 si todo lo que interesa
la gloria de mi corona,
tanto triunfo, tanta empresa,
lo desluce y desazona
el mal de vuestra princesa?
 ¿Posible es que Alá permita
que en tan hermosa presencia
tanta enfermedad compita?

No sé si su providencia
 ofende y desacredita;
 sé a lo menos que afectara
 blasón de deidad severa,
 si como suele ser rara
 maravilla permitiera
 que siempre el sol se eclipsara.

¿Para que tan extremada
 belleza en Casilda, rosa
 fresca a un tiempo y maltratada,
 si cuando la admiro hermosa
 la lloro siempre eclipsada?,

TELLO: No es mucho que vuestra alteza
 pondere así tanto daño,
 que yo que vi su belleza,
 de ley y nación extraño,
 le acompaño en la tristeza
 ¿Es posible que no habrá
 remedio?

REY: Ya no le espero.
 Arabia médicos da
 por ser patria del primero;
 pero la salud Alá.
 Un Avicena ha ofrecido
 Córdoba; en ella han nacido
 un Rasis, un Almanzor;
 mas fue su fama mayor
 que sus efectos han sido.

No he dejado diligencia
 en todos sus profesores,
 mas esta invisible ciencia
 en estatua y en doctores
 vende sola la apariencia.

ALÍ: Hipócrita es el que ignora
 efectos de su doctrina.

REY: Dices bien, pues siendo ahora
 morisca la medicina
 no la halle la infanta mora.

Treguas, don Tello, me pide
 vuestro rey que le concedo,

sólo por vos, como olvide
 enojos, y de Toledo
 os permita, aunque lo impide
 su privado, que salgáis
 a su gracia reducido.

Violento en mi reino estáis,
 puesto que en él aplaudido
 de los moros que obligáis.

No se quiere desposar
 aquí vuestra dama bella;
 es tormento el esperar
 dichas que libráis en ella
 y aquí no podéis lograr.

Iréis a Burgos los dos,
 aunque a ser tan cuerdo vos
 como sois enamorado,
 temiérades de un privado
 la enemistad, que si es Dios
 casi un rey, con tan profunda
 pasión, no sé en que se funda
 el amor que os desespera
 siendo Dios causa primera
 y obrando por la segunda;
 por la de un privado digo.

TELLO: De doña Blanca, señor,
 el orden y gusto sigo.

ALÍ: Es primer móvil amor
 y puede más que un amigo;
 yo lo soy vuestro y en fe
 de que estimo este blasón,
 a vuestra patria asalté,
 y dándola confusión
 vuestra dama os entregué.

Seis meses ha que asistís
 en Toledo y desmentís
 pesares y competencias
 que os causaran impaciencias
 en Castilla. Si os partís,
 iréis, don Tello, advertido
 de la voluntad que os nuestro,

y sin ponerla en olvido
siempre seré amigo vuestro,
pero mal correspondido.

TELLO: Eso no, que soy leal;
a quedarme estoy dispuesto
sirviéndoos.

Dentro

AXA: ¡Terrible mal!

¡Triste pérdida!

REY: ¿Qué es esto?

Sale AXA y después CASILDA

AXA: Un accidente mortal,
señor, robarnos procura
con la infanta, la hermosura
del más generoso mayo;
disfrazada en su desmayo
la muerte, a su edad perjura,
en flor nos lleva esta rama,
y la sangre que es su vida
no sé por qué la desama,
pues ingrata y homicida
por el suelo se derrama
Aquí el sol por ella llora.

*Descúbrese la Santa CASILDA en una silla,
desmayada*

TELLO: Gualda es ya, la que clavel.

REY: ¡Casilda!

ALÍ: ¡Hermana!

BLANCA: Señora.

REY: Contigo el cielo cruel
rubies llueve y no es aurora;

hija, que, en fin, se eclipsó
 el sol que a Toledo dio
 luz más clara que el Oriente.

CASILDA: Ay, Lagos de San Vicente,
 ¿cuándo os he de gozar yo?

REY: Amanezca alegre el día
 segunda vez en tu cara,
 cesará la muerte avara
 que en tinieblas nos tenía.
 No hay médico ni aforismo
 que así al enfermo asegure,
 por más que recete y cure,
 como el que padece el mismo,
 si resistiendo a la muerte
 y dando ALÍento a la vida
 pasiones del alma olvida
 y sus tristezas divierte.
 Hazlo, mi Casilda, así;
 no añadas al mal molesto
 suspensiones, que con esto
 me darás salud a mí.

CASILDA: ¡Ay padre y señor, que en vano,
 cuando el mal se ve de lejos
 suele mal lograr consejos
 en el que padece el sano!
 Un solo medio me ofrece
 el cielo para sanar,
 pero hásmele de negar,
 y así por instantes crece.
 Pues que no he de conseguirle,
 el remedio es padecer.

REY: Remedio y en mi poder,
 ¿y tú rehusando el pedirle?
 Sin razón mi amor olvidas.
 Pide a Toledo desde hoy,
 que en albricias te le doy
 sólo de que me le pidas.

CASILDA: Has de juzgarme indiscreta
 mientras no le dificulto,

si cuerda no le consulto
aunque salud me prometa.

Este cristiano es prudente
y en tu servicio leal,
fiaré de su caudal
todo lo que el alma siente,
y sabré de él esta tarde
si estará puesto en razón
decirte mi petición.

REY: Todo pedir es cobarde.
Sed, don Tello, consejero
de la infanta, persuadida
a que es padre de Casilda
un rey con todos severo;
con ella no. Ay, si por vos
cobra salud, no es bastante
premio un reino. Ven, Infante.

TELLO: ¿Qué es esto, válgame Dios?

*Vanse el REY, ALÍ Pedtrán y AXA por una parte,
y los demás por otra*

BLANCA: ¿Qué oís, temor indiscreto?
¿La Infanta a don Tello a solas?
Celos, si amenazáis olas,
mil naufragios me prometo.
¿Que por difícil no diga
el remedio de su daño
la Infanta? ¡Ay recelo extraño,
cuando ¡a tristeza obliga!
Todo el pecho enamorado
y triste a la infanta veo.
¿Dudaré de su deseo
que el alma al amor ha dado?
Y si enamorada está,
¿podré dudar yo tampoco
que de su apetito loco
no es don Tello el dueño ya?
Mi sospecha es evidente.

¿No dijo, "Por ser leal,
fiaré de su caudal
todo lo que el alma siente?"

Pues con él, ¿qué ha de sentir,
--cielos--a solas un alma
que tiene la lengua en calma
para no se descubrir
a su padre y sólo fía
de don Tello sus desvelos?
Amor, si crecéis con celos
ponzoñosa madre os cría.

Sale AXA

AXA: Blanca: en fe de la amistad
que he profesado contigo,
si es que con ella te obligo,
confiésame una verdad.
¿Tienes mucha voluntad
a don Tello?

BLANCA: Mereciera
que ninguna le tuviera
a quien amante se llama
y osa, Axa, robar su dama
porque forzada le quiera.
Por esta sola ocasión
no me desposo en Toledo
con él, porque nunca el miedo
hizo firme una afición.
Diránme, y tendrán razón,
que si aquí le doy la mano
es por temerle tirano
de tu rey favorecido,
y que mereció atrevido
lo que nunca cortesano.

AXA: Y si a Castilla te lleva,
¿querrásle mucho?

BLANCA: ¿Quién duda?
Con los afectos se muda

amor, que méritos prueba.

AXA: En fin, ¿le adoras?

BLANCA: No es nueva,
Axa, en mí esa voluntad;
mas, si te digo verdad,
yo te juro que no ha un hora
que le amaba menos que ahora.

AXA: ¿Cómo?

BLANCA: La seguridad
se entibia aposeionado
el amor que después crece
en los peligros que ofrece
la sospecha y el cuidado.

AXA: ¿Tienes celos?

BLANCA: Hanme dado
no sé que vislumbres de ellos.

AXA: ¿Son de mí?

BLANCA: Tus ojos bellos
bastaran, Axa, a engendrallos,
mas no son celos vasallos
cuando Altezas miro en ellos.

AXA: ¿Celos de la Infanta?

BLANCA: Digo
que no son más que vislumbres
o asomos de pesadumbres.

AXA: Declárate más conmigo.

BLANCA: No sé de qué fui testigo,
que por más que me atormente
a mí misma me desmiente;
pero, dime, ¿quién te envía
con tanta instancia, Axa mía,
a que mis cosas te cuente?
Algo debe de importarte
el saber si quiero o no
al contenido.

AXA: Hago yo
de cierto ausente la parte.
Impórtame preguntarte
cosas para su sosiego.
¿Quisiste bien a un don Diego,

de tu rey favorecido,
por ocasión tuya herido?

BLANCA: Algo, sí; no te lo niego.

AXA: ¿Y en qué te desmereció
ese algo, Blanca, que escucho,
don Diego?

BLANCA: En llegar un mucho
con que ese algo se olvidó.
Don Tello se me ausentó,
y dándome por esposo
a don Diego, fue forzoso
en fe de que soy mujer,
lo fácil aborrecer
y amar lo dificultoso.

AXA: De todo lo dicho advierto
que don Diego es ya el querido
y don Tello aborrecido;
aquél dudoso, éste cierto.

BLANCA: Hubieras dado en lo cierto
según en nuestro amor pasa,
mas como en celos se abrasa
mi pecho, que es todo extremo,
amo a Tello porque temo
que se me quiere ir de casa.

Mas ¿no sabré yo a que efeto
es tan larga información?

AXA: Cosas que te importan son
fiadas de mi secreto.

Blanca, si es tu amor discreto,
fériame a Tello y tendrás
otro que te estime más.

Por dueño suyo te adora
nuestro príncipe; señora
de esta corona serás.

Reina te eligen los cielos,
como tu amor lo permita.

BLANCA: No es cuerdo quien solicita
voluntad que abrasan celos.
Son de suerte sus desvelos,
por más que los aconsejan,

que del remedio se alejan;
y quedando el gusto en calma,
como ocupan toda el alma,
nada para el otro dejan.

AXA: Pues repare tu desdén
en que Alí Petrán te adora,
y la infanta mi señora,
quiere a tu don Tello bien;
en que don Diego también
asiste aquí disfrazado.

BLANCA: ¿Quién?

AXA: Don Diego, a quien he dado
las llaves de mi sosiego.
Templa del príncipe el fuego,
porque es locura pensar
que hemos de dejarte amar
ni a don Tello ni a don Diego.

Vase AXA

BLANCA: ¿De tres en tres los celos
y no las dichas, Fortuna,
si quiera de en una en una?
¿Dos competencias, dos celos?
Unos de don Tello--¡ay cielos!--
que si los lloré vislumbres,
ya pasan de pesadumbres,
pues cuando ofender intentan
celos en duda atormentan
y matan en certidumbres.

Por más que me solicite
el príncipe es disparate
que vencer mis penas trate
mientras con celos compite.
Allane tropiezos, quite
estorbos a mi sosiego,
podrá ser logre su fuego;
que mal me podrá obligar
no permitiéndome amar

ni a don Tello ni a don Diego.

*Vase doña BLANCA. Salen CASILDA y don
TELLO*

Salen CASILDA y don TELLO

CASILDA: Tan satisfecha en oírte,
tan persuadida en creerte,
tan pronta en obedecerte
y tan dispuesta a seguirte
estoy, cristiano discreto,
después que te comunico
que en tu ley me certifico
y a su yugo me sujeto.

Dichosa yo que merezco
llamarte, maestro mío.

TELLO: Si yo, infanta, como fío
en el cielo, a Dios te ofrezco,
¿qué más bien?

CASILDA: Siéntate aquí.

TELLO: Mira mi desigualdad.

CASILDA: Descansa mi enfermedad
con alivios que hallo en ti.
Siéntate, Tello, a mi lado
que quiero mostrar si sé
los misterios de la fe
que el alma me han alumbrado;
pero ley que el mundo adora
merece veneración
en pie.

TELLO: ¡Qué cuerda razón!

CASILDA: Oye, Tello: escucha ahora.

Dios, conforme me enseñaste,
que es principio sin principio,
substancia sin accidentes,
fin sin fin, todo infinito,
sólo una simplicidad,

un ser, un acto sencillo,
una forma sin materia,
una entidad, un distrito
sin límites, no causado,
no en tiempo, no producido,
de sí sólo dependiente,
de sí sólo comprendido,
antes que de los tesoros
de su amor diese al prodigio
de tantas esferas ser,
no forzado, porque quiso,
primero que eslabonase
con asombroso artificio
esos cielos, elementos,
planetas, astros y signos,
influencias, calidades
y especies que en individuos
se fuesen perpetuando,
ya insensibles y ya vivos,
estaba solo en sí solo,
siendo asiento de sí mismo
su mismo ser, que no ocupa
Dios lugares circunscritos.
Todo está en Dios y él está
en sí, porque lo infinito
por esencia es necesario
que sólo de sí sea sitio.
Y aunque solo, no por eso
en sus eternos retiros
estaba incomunicable,
pues conversando consigo,
entendiéndose y amándose,
sin cansancio, sin fastidio,
obra necesariamente;
que el ocio en Dios fuera vicio.
Con todo eso, pudo tanto
en él su amor excesivo,
que para comunicarse
a lo mortal y finito
cuando fue su voluntad,

sin que hubiese más motivo
que su libre providencia,
crió todo el laberinto
de lo celeste y terreno:
sol, luna, planetas, signos,
estrellas, esferas, polos,
elementos, mares, ríos,
hierbas, plantas, flores, frutos,
selvas, prados, valles, riscos,
con todo lo que contienen;
y en la cumbre del empíreo,
de substancias incorpóreas
nueve ejércitos distintos.
Eran éstos de palacio
y la cámara continuos
del Monarca omnipotente
asistentes y ministros.
El más hermoso, pues, de ellos,
que con tantos requisitos
de gracias y perfecciones
naturales en el vidrio
de su estimación liviana
se miró primer Narciso
de sí mismo enamorado,
contra su autor, presumido,
juzgó, necio, a menoscabo
dar el respeto debido
al príncipe su señor
después de haberle previsto
un supuesto y dos substancias,
y que a fuerza de suspiros
y opresión de sus retratos
su deidad humana quiso.
Soberbio, pues, el lucero
contra el Sol--¡qué desatino!--
osó amotinar parciales
y de rebeldes caudillo,
tocó cajas contra Dios,
cómplices de su delito
la tercer parte de estrellas

que ya asombran basiliscos,
dióse la campal batalla
en palestras de zafiros,
el *¿Quién como Dios?* venciendo
del alférez paraninfo.
Cayó el querub contumaz
relajado al sambenito
de llamas, que eternamente
son mordaza de precitos.
Como es incapaz de enmienda
el ángel nuestro enemigo,
y lo que una vez aprende
jamás lo pone en olvido,
y que no pudo vengarse
de quien le echó eternos grillos,
contra el hombre, su retrato,
fulmina flechas y tiros.
Gozaba Adán, vice Dios,
aunque formado del limo
y organizado del polvo,
si en la materia abatido,
de un espíritu inmortal,
de una alma, que siendo tipo
de la primera substancia,
ya en lo uno, ya en lo trino,
de una forma y tres potencias
imperaba en el dominio
de la ínfima redondez
amado como temido.
Acompañábale hermosa
aquel doméstico hechizo,
costilla antes, ya mujer,
uno y otro tan unidos,
que siendo hueso de huesos,
carne de carne indivisos
al conyugal sacramento
dieron fecundos principios.
La justicia original,
sin fómite ni incentivo,
fue el privilegio rodado

con que tan nobles los hizo,
que sin pagar a las leyes
pecho, sólo les previno
con el reconocimiento
de un árbol del Paraíso
que les vedó reservado;
pena que si atrevido
el hombre le profanase
fuese mortal su castigo.
E ángel dragón entonces,
envidiando el ver tan digno
lo humano que le heredase
las dichas que había perdido,
transformándose en serpiente
la torpe blasfemia dijo
de aquel "Seréis como dioses
si dais rienda al apetito."
Acometió la mujer como
al más flaco portillo,
sin atreverse, cobarde,
al consorte discursivo.
Comió Eva, y el amor,
más que el engaño, al fin vino
con elocuencias de llanto
a despeñar al marido;
delinquieron contra Dios,
y como se opuso al mismo
la culpa--infinita ya
es cuanto lo relativo--
quedamos tan sin remedio
todos sus humanos hijos,
que los que mejor libraban
eran rehenes del Limbo.
Compadecióse el Amor,
y viendo que era preciso
que un Dios hombre a Dios le diese
por infinito infinito,
humanóse el Verbo eterno,
y redimiéndonos quiso
ser deudor, siendo acreedor,

pagándose a sí consigo.
Vistióse mortalidades,
trabajos, calores, fríos,
oprobios, persecuciones,
destierros, hambres, martirios,
en el intacto obrador
del más puro vellocino
de la más cándida oveja
que vio el sol, que adoró el siglo.
Dando, pues, ésta la lana
y el telar, si humano limpio,
organizó el Paracleto
aquella Paloma armiño,
toda amor, ternura toda,
al Verbo, el terreno hospicio,
alojamiento de un alma
que unió la Deidad consigo.
Sólo el Espíritu amante
fue su autor, que no intervino
causa parcial eficiente
de varón así lo afirmo.
María dió materiales
y el amor tejió los hilos,
quedando entera la pieza
de que se cortó el vestido.
Atropéllanse misterios
aquí, estórbanse prodigios
unos a otros que agotan
el discurso más activo.
Concibió virgen el Alba,
parió virgen a Dios niño,
quedó virgen después de esto,
que como era el Sol divino
el Hombre Dios, ilustrando
a aquel cristal, a aquel vidrio,
los rayos de su substancia
pudo, sin abrir camino,
penetrándose dos cuerpos,
desmentir nuestros sentidos;
tres substancias y una unión

formaron un solo unido,
la divina, la corpórea
y la del alma, ¿hay tal mixto?
Espíritu puro el alma,
barro el cuerpo quebradizo,
Dios el supuesto de entrambos,
¿quién vio en actos tan distintos
tal unidad de diversos?
¿Tal distinción de propincuos?
¿Tal parentesco de extraños?
¿Tal conformidad de abismos?
Tomó la naturaleza
humana el Verbo divino
mas no la humana persona
porque ésta halló ya impedido
por el eterno supuesto
su lugar, que a confundirlo
con dos personas no fueran
una cosa el Verbo y Cristo.
En efecto, este Hombre Dios,
apenas se vio nacido,
cuando a precio de granates
compra de nosotros hizo,
derramólos al día octavo,
adoráronle pellicos,
postráronsele coronas,
huyó amenazado a Egipto,
volvió después de dos años
y llorándole perdido
su Virgen madre. A los doce
trocó penas en jubilos
viéndole infante maestro
entre sabios aplaudido.
Catedrático por claustro
de tanto jurisperito
salió en público de treinta
a poner en ejercicio
la restauración del orbe,
tentóle el dragón precito,
vencióle a los tres combates,

dio al tálamo patrocinio
honrando con su presencia
las bodas que antes bendijo.
Hizo aquel protomilagro
del agua, que vuelta en vino
tantos misterios encierra,
materia dio a tantos libros.
Santificó del Jordán
los raudales cristalinos,
dando testimonio el Padre
al mundo de que era su Hijo.
Soltó la presa después
su amor tierno y excesivo
a tanta suma de asombros,
milagros y beneficios,
que si todas las esferas
sirvieran de pergamino,
sus estrellas caracteres,
tinta los mares y ríos,
manos cuantas nacen hojas,
plumas cuantas viven nidos,
desmayaran al sumarlos,
pasmaran al escribirlos.
Juntó los legados doce,
los setenta y dos discípulos,
Pedro futura tiara,
los demás del orbe obispos.
Permitió que le vendiese
el apóstol fermentado;
sacramentóse primero
y hallándose de camino
para su Padre, quedarse
a irse supo a un tiempo mismo.
Sudó en el huerto licores
purpúreos, que los delitos
humanos le antecedieron
aflicciones y fastidios.
Prendióle la ingratitud,
dejáronle sus amigos,
rasgaron su cuerpo a azotes,

dióle corona un espino.
Llevó en la cruz nuestras penas,
vióle el rigor suspendido
rogando por sus contrarios.
¡Oh amor de Dios inaudito!
Dejó a su madre en custodia
de Juan, allí vice Cristo,
quedando con su adopción
mejorado en tercio y quinto.
Oyó al salteador infame
blasfemias y desatinos,
ganando al bueno por serlo
el cielo de prometido.
Intimó su desamparo
al Padre, y el pueblo impío
dándole vinagre y hiel
delito añadió a delito.
Sed de pasar más tormentos
le obligó a decir el sitio
de más hiel, de penas más,
y viendo el plazo cumplido
de la redención del hombre,
libertando a sus cautivos,
"Acabóse," dijo a todos,
del vil tirano el dominio.
Penetró su voz los cielos
y con clamoroso grito
el espíritu dio al Padre
y a los hombres finiquito
de tanto infinito empeño,
pues tácitamente dijo
al inclinar la cabeza,
"Pagado estoy, yo lo afirmo."

Baja aquí la cabeza

Conmovióse lo criado;
sintió el sol aquel deliquio
sobrenatural, tan nuevo

que aun hoy asombra a Dionisio.
Ilustró los calabozos
prisión de los bien nacidos,
despejando dadivoso
un seno de los dos Limbos.
Tres días durmió cadáver
sin ser hombre, dividido
lo corporal de su forma
aunque uno y otro divinos.
Resucitó al cabo de ellos
ya impasible, ya vestido
de gloria y eternidad,
penas volvió en regocijos.
De su iglesia y de su madre
incrédulos satisfizo,
instituyó sacramentos,
puerta de ellos el bautismo.
Subió a la diestra del Padre
en lenguas de fuego. Vino
aquel tercero de amores
no engendrado, procedido.
Promulgó su ley a todos,
bañó el consagrado río,
que da la primera gracia,
al orbe nuevo y antiguo.
Congregación de los santos
tiene aquí, que son arrimos
de la barca militante,
pilotos de sus peligros,
doctores que nos enseñan
yugo leve con que unirnos,
preceptos que nos declaran
pontífices y concilios.
Volverá segunda vez
a juzgar muertos y vivos,
para premio de los buenos
y de los malos castigo.
Esto es lo que me enseñaste,
esto adoro, a questo elijo,
corrígeme en lo que yerro

y dame, Tello, el bautismo.

TELLO: No adquirida, no estudiada
es la doctrina que has dicho,
ciencia infusa te dio el cielo,
por su doctora te admiro.
Mas, quedo, ha entrado gente.

CASILDA: Pues ven, Tello, que es fastidio
de mi descanso el tratar
sino es de Dios; mis cautivos
querrán comer, su socorro
es mi amoroso ejercicio.
Llevarélos, como suelo,
ocultamente el alivio
ordinario, vuelva Dios
por su pena y mi peligro,
que es riguroso mi padre.

Vanse los dos

Salen doña BLANCA y AXA

AXA: ¿Estás contenta? ¿no has visto
sombra a Tello de la Infanta,
ingrato, Blanca, contigo?
¿Negarás que no se quieren?

BLANCA: Negaré que basiliscos
con sólo la vista maten,
pues no muero y esto miro;
desengaños son venganzas,
venganzas son desatinos,
desatinos hace un loco,
loca estoy, perdí el jüicio.
Dime adónde está don Diego
que si a Toledo ha venido
a satisfacer su agravio
como vuelva por los míos
le daré...

AXA: ¿Qué piensas darle?

BLANCA: ...un alma que sacrifico
a la desesperación.

AXA: ¿Para qué, si yo le rindo
otra que es de más quilates?
Compite, Blanca, conmigo
y envidiarás mis victorias.

BLANCA: ¡Ay cielos! la muerte envidia;
daréle al Príncipe moro,
como me vengue, el dominio
de mi libertad y fama,
satisfaré sus suspiros,
mate a don Tello, y querréle.

*Vase doña BLANCA. Sale ALÍ
Petrán*

ALÍ: ¿Qué es esto?

AXA: Agencias que libro
en las medras de tu amor,
la Infanta halló en los bajíos
de su salud derrotada,
si no remedios, ALÍvios;
a don Tello quiere bien
y él la paga agradecido,
pondera tú, como hermano,
si esto es virtud o delito.
Doña Blanca está celosa,
véngala, y haráte digno
de su amor, que éste obligado
crece gigante de niño.
No pierdas esta ocasión
pues ves cuán bien he cumplido
con la agencia encomendada
dichosa en ver que te sirvo.
(¡Ay Tello, con qué quimeras Aparte
mis celos ejecutivos
buscan remedio a mi agravio,
y qué en vano los resisto!)
Vengaréme de la Infanta
mientras con Blanca compito,
que no es poco dar en tierra

de dos, con un enemigo.

Vase AXA

ALÍ: Si Axa ha sido testigo
de que Tello a mi hermana ama,
quien no fue fiel con su dama,
¿podrá ser leal amigo?
Sea castigo
de su ingratitud, la mía:
ame a la infanta en quien fía
su esperanza;
sea premio la venganza
de su poco firme fe;
consentiré,
ella mora y él cristiano
que a mi hermana dé la mano
porque Blanca me la dé.

Sale don TELLO

TELLO: ¿Qué nuevas causas de enojos
dan ocasión a la ira
de Blanca, que si me mira
fulminan rayos sus ojos?
¿Sin hablarme cuando pasa
junto a mí?

ALÍ: ¿Tello?

TELLO: ¿Señor?

ALÍ: Dícenme que un nuevo amor
tus pensamientos abrasa,
y a ser verdad, sentiré
descréditos de firmeza
que en nota de tu nobleza
te culpan de poca fe.

TELLO: ¿Yo, Príncipe, amor que nuevo
tenga de mudable fama?

ALÍ: Tal vez como amor es llama

y ésta se muere sin cebo,
faltándola el interés
hasta en los nobles se apaga.

TELLO: Amor con amor se paga.

ALÍ: ¿Amor con amor? ¿No ves
que cuando a lo deleitable
se junta lo provechoso
suele un pecho codicioso
rendirse a lo interesable?
Páguese amor con amor
no más, si otro amor se hallase
que con ese amor juntase
intereses de valor,
¿cuál de los dos te parece
que discreto admitirás?
¿Amor con amor no más?
¿O amor con amor que ofrece,
de más a más una alteza
que a majestad casi aspira?

TELLO: Amor que intereses mira
no es amor.

ALÍ: ¿Pues qué?

TELLO: Vileza.

ALÍ: ¿Pues qué será la intención
con que tu fe, aunque cristiana,
deja a Blanca por mi hermana?

TELLO: ¿Por quién, señor?

ALÍ: Tu afición
me contaron fidedignos
testigos.

TELLO: Querrán ponerme
mal contigo.

ALÍ: Nunca duerme
la envidia en ojos indignos.
Pero quien me dio este aviso
es de mucha cALÍdad.

TELLO: Bien pudiera la beldad
de la infanta al más Narciso
hacer que de sí olvidado
se rindiera a su hermosura;

pero cuando mi ventura
 despeñara mi cuidado,
 y el ver que es hija de un Rey
 de quien amo me apartara
 y por ella profanara
 los preceptos de mi ley,
 su virtud, su honestidad,
 es tan digna que se estime,
 que con verla se reprime
 la más torpe voluntad;
 no haga agravio vuestra alteza
 a mi fe y a su valor.

ALÍ: ¿Cómo no? Tenla tú amor
 y usúrpame mi grandeza.

No disimules conmigo;
 ámala, dala la mano;
 llámate, Tello, mi hermano
 como te llamas mi amigo.

Yo te aseguro temores,
 no trueques la profesión
 de tu antigua religión,
 que bien lograrás amores,
 aunque de ley diferente;
 yo te casaré con ella.

TELLO: A no ser Blanca tan bella,
 yo tan fiel, tú tan prudente,
 tan poco afecta tu hermana
 a todo lo que desdice
 su honestidad, contradice
 a la permisión cristiana
 el favor que te agradezco.
 Yo adoro a Blanca, señor.

ALÍ: En fin, ¿no tienes amor
 a la infanta?

TELLO: No merezco
 apetecer tal empleo,
 ni cuando posible fuera
 que tal dicha mereciera
 diera riendas al deseo.

ALÍ: Pues, Tello, yo soy tu amigo,

y aunque tengo voluntad
a tu dama, la amistad
ha de poder más conmigo.

Pártete al punto con ella;
tu Rey, a mi intercesión,
te vuelve la posesión
de tu patria; no he de vella
por no ocasionarte enojos
que temo me hagan torcer
de intentos y parecer
tiranías de sus ojos;
joyas y tesoros torna
con que generoso vivas.

TELLO: Señor, pues ¿de ti me privas?

ALÍ: Hoy has de irte--¡por Mahoma!
Hoy tengo de ser espejo
de amigos.

TELLO: Tu gusto haré.

ALÍ: Di que el reino te dejé,
pues a tu Blanca te dejo.

*Vanse. Salen la santa CASILDA y PASCUAL, de
cautivo*

PASCUAL: Sí, señora; de zagal
a doña Branca servía
en la Bureba aquel día
que el pobre de Juan Pascual
se apartó de Mari Pabros,
y a enmoriscar me trujeron.

CASILDA: No llores.

PASCUAL: ¿Qué, que no lloren?
Si mas vemos entre diabros
de mastines, con perdón,
donde nenguno se ve
que rezando a San Noé
se encomienda a san Jamón?
Si ella sopiera, señora,
las gracias, la donairía

que Mari Pabros tenía,
renegara de ser mora
y huera cristiana vieja.

CASILDA: (¡Qué sencillez!) Aparte

PASCUAL: Cuando hilaba,
¡con la sal que mas contaba
al hogar una conseja!
Y dormiéndose después,
--que hué brava roncadora--
más el candil en media hora
hilaba que ella en un mes.

¿Pues qué si el brazo desnudo
la espetera estropajaba?
con media azumbre lavaba,
y aun menos, todo un menudo.

Era limpia a maravilla,
al cura se le perdió
la escofieta y la hallé yo
cenando en una morcilla.

Cuajares la vieron her
que se espantara de oïllos,
rellenar supo obispillos
que Papas pudieran ser.

CASILDA: Ahora bien, Pascuál; de ti,
pues que con don Tello estás,
me fío, presto tendrás
libertad, espera en mí
y saca la provisión
que a las cautivos llevemos,
pues seguros entraremos
a consolar su prisión.

Nadie ahora nos verá.

PASCUAL: Pardiez, que es, señora mía,
piadosa su morería;
aquí una banasta está
llena de roscas y queso,
de carne, arroz y verdura.

*Sacan una canasta llena de platos, pan y legumbres
que PASCUAL traslada en una cesta curiosa, y cúbrenla con*

unos manteles

CASILDA: Pues trasladarlo procura
en esotra.

PASCUAL: Sí, que el peso
de esotra es demasiado
para su delicadeza
y quebrará, si tropieza,
la loza. Mas como ha dado
en que por sus mismas manos
los quiere dar de comer,
apricarlo es menester.

CASILDA: Quiero mucho a los cristianos.

PASCUAL: Helo aquí todo compuesto,
y los manteles encima.

Salen el REY moro y AXA

REY: Axa, ¿qué dices?

AXA: Que estima,
no sé si con fin honesto,
la infanta a don Tello más
que a su ley, padre y hermano;
que quiere más a un cristiano
que a Toledo.

REY: Ciega estás.

AXA: Todas las noches les lleva
por sus manos de comer,
si ahora lo quieres ver
haz por tus ojos la prueba.
A buen tiempo te he traído
por que de dudas te saque;
lleno lleva aquel tabaque
de relieves que ha escondido
de tu mesa, para dar
de comer a los cristianos;
cógela el hurto en las manos.

*Llévanlo los dos, cada uno por una asa y
sádeles al encuentro el REY*

PASCUAL: Dambos lo hemos de llevar,
porque ella sola no basta.

REY: ¡Por Mahoma, que he de ser
su su verdugo!

PASCUAL: Que comer
tienen bien en la canasta
y que cenar.

REY: Detén, loca,
los pasos con que me afrentas.

PASCUAL: Rematamos con las cuentas.

CASILDA: ¡Padre y señor!

PASCUAL: (Tapaboca Aparte
con padre y señor le da.)

REY: ¿Qué es lo que lleváis ahí?

PASCUAL: Si me lo pescuda a mí,
padre y señor, la verdá
es que ni yo lo endilgué,
padre y señor, ni cocí
la carne, ni el arroz, ni,
padre y señor, lo compré.
Yo señor, padre y señor,
porque yo, señor y padre,
Gila Alonso hué mi madre,
Mari Pabros con amor
me dixo par dell molino,
pero aún no era mi mujer;
ello si la quiere ver
no tien pizca de tocino.

REY: ¿Qué desatinos son éstos?
¿Tú sustentar los cristianos?
¿Tú, torpe, infamas tus manos?
¿Tú en amores deshonestos
con los que aborrece Alá?

CASILDA: Reprime, señor, la ira;
detén la cólera, mira.

REY: Tus insultos miro ya.

No busques excusas nuevas;
sustento das y favor
a los cristianos.

CASILDA: Señor,
advierte...

REY: ¿Qué es lo que llevas
ahí?

CASILDA: Flores que he cogido
para divertir tristezas.
¡Mi Dios, de vuestras grandezas
haced alarde!

REY: Ofendido
estoy más de tus mentiras
que de tu bárbaro insulto;
pero mal estará oculto
si al cielo no le retiras.
Descubre, Axa, vuelca, arroja,
esa infame provisión.

*El suelo del tabaque, o canasta, se quita por debajo
del tablado, y por el mismo lugar se llena de flores y hierbas
diversas que vuelca después AXA*

CASILDA: Ahora verás si son
flores todas; quien te enoja
contra mí y da pesadumbres
no te estima como yo.

PASCUAL: (Pardiobre, que se volvió Aparte
nuesa comida en legumbres.)

REY: Válgame Alá, ¿estás contenta,
Axa envidiosa?

AXA: Corrida,
loca, confusa, perdida
estaré con tanta afrenta.

*Dase con las flores por el rostro y ma-
nos*

REY: La fragancia que me ofrecen,
lo aromático que exhalan,
al paso que me regalan
mis canas rejuvenecen.

Del cielo vino este olor
que aquí no los hay iguales;
primaveras inmortales
te han tributado su flor.

Su Amaltea hacerte quiso,
imperio tienes en él,
mayo eres de su vergel,
abril de su paraíso.

Dame los brazos, no dudes
de cuanto pedir quisieres.
Flora has sido, serás Ceres
como en frutos flores mudas.

Pídeme dificultades
con que el agravio redima
que te hice.

CASILDA: El cielo estima
sencilleces y piedades.

En la palabra que ofreces
te tengo hoy de ejecutar,
no me lo osarás negar
si mi salud apetece.

REY: Por Alá, por su profeta
y por ti--que iba a decir
que eres más que él--de cumplir
cuanto me pidas; discreta
eres, por fuerza ha de ser
lo que apetezcas decente.

CASILDA: (¡Ay, Lagos de San Vicente, Aparte
y qué presto os pienso ver!
Vamos, diréte en secreto
la merced que me otorgaste.)

Vase CASILDA

REY: Mi senectud remozaste,

flores, por vos me prometo
nueva vida.

AXA: Yo estoy loca.

¡Ay, envidias infelices!

PASCUAL: Cautivos, a las narices
podéis hoy pasar la boca.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

*Acompañamiento y el Rey FERNANDO por una
puerta; por otra MOROS, don TELLO, AXA y Santa CASILDA, de
mora*

CASILDA: Déme vuestra majestad
la mano.

FERNANDO: Dé vuestra alteza
parabienes a Castilla,
pues ha merecido verla
ennoblecer su corona
desde hoy, con razón soberbia;
pues usurpa el sol al Tajo
trasladándola a sus sierras.
Deudor quedaré a los baños
desde hoy, puesto que no sepa
el sitio que los oculta
ni las virtudes que encierran.
Pues merezco por su causa
que la hermosura posea
de vuestra alteza, Castilla,
temerosa ya en perderla.
Ojalá, Casilda hermosa,
la fama que los celebra
la salud os restituya
que ofende vuestra belleza.
Estimarélos yo en más
que cuantas preciosas venas
por los cuerpos de estos montes
oro en vez de sangre engendran.

CASILDA: No dudo yo, gran Fernando,
que en provincia donde reina

un príncipe tan afable
 salga la esperanza cierta
 que los cielos me aseguran;
 no en humanas experiencias
 estriba mi confianza,
 pocas veces verdadera;
 impulsos más superiores
 me sacaron de mi tierra
 y al rey, mi padre, inclinaron
 el permitirme a la vuestra
 donde a vos su dueño os llaman;
 donde en la paz y en la guerra
 vive la seguridad,
 por ser vos quien la gobierna.
 ¿Quién duda que también
 viva la salud, si ya comienza
 a retirarse, con veros,
 la causa de mis tristezas?
 Ya yo por puntos mejoro.

TELLO: Y yo, que en vuestra presencia,
 gran señor, patrocinado
 de la infanta tengo puestas
 todas mis felicidades
 en serviros, si licencia
 me dais, diré la embajada
 con que vengo.

FERNANDO: Alzad de tierra;
 alzad, don Tello, decid.

TELLO: El Rey Almenón, que intenta
 trocar en perpetuas paces
 con vos estas breves treguas,
 la mitad del alma os fía
 y con la Infanta os entrega
 el reino que el Tajo abraza
 y estima en poco sin ella.
 Lágrimas y persuaciones,
 que es la mayor elocuencia
 que en la mujer amor puso,
 le bastaron a hacer fuerza
 para dividir de sí

el apoyo en que sustenta
la duración de sus canas,
que remozaba con verla.
El príncipe Alí Petrán,
que sucediendo en la herencia
después de él de su corona
es blasón de la nobleza,
estaba ausente en Sevilla
cuando el sentir que padezca
su padre amoroso eclipse
la luz de Casilda tierna,
y que el abril de sus años
malogre las flores frescas
del más gallardo vergel
que esmaltaron primaveras,
al llanto permitió hechizos
con que la infanta no deja
hora ni instantes al ocio
en que no le intime quejas
amorosas por los baños
que, de su salud profetas,
dice que esconde Castilla,
cifrando en ellos sus medras.
Afirma que el cielo mismo
con misteriosas promesas
le pronosticó en sus aguas
saludables evidencias;
que es imposible cobrarla
de otra suerte, y si desea
su bien, será menos daño
llorarla ausente que muerta.
Convocó el rey los alcaides
de Madrid y Talavera,
Guadalajara y Ocaña,
Alcalá, Yepes y Cuenca.
Propúsoles este asunto,
y aunque opiniones diversas
ya afirman, ya contradicen,
finalmente se sujetan
al gusto de quien los manda,

porque la lisonja lleva
en todos los tribunales
la razón tras la potencia.
Concluyóse, en fin, la paz,
gran señor, con vuestra alteza,
pidiendo en esta jornada
vuestra permisión, y de ella
obligado y satisfecho
su expedición me encomienda.
Por su embajador me envía,
con palabra de que vuelva
brevemente a restaurarle
la vida con la presencia
del alma que se le aparta,
de la luz que se le ausenta.
Despidiéronse los dos
y ella, que, toda clemencia,
de los cautivos cristianos
aliviaba las miserias,
pidiendo su libertad
al padre piadoso, deja
despojadas las mazmorras,
inútiles sus cadenas.
Dos mil de Toledo saca,
que ya en su patria se alegran,
digna que tal redentora
en anales permanezca.
El rey de Toledo, en fin,
gran Fernando, para muestras
de la fe con que os obliga
y la amistad que os profesa,
os remite cien caballos
que, con otras tantas yeguas,
Córdoba al Betis usurpa,
Toledo admiró en su vega;
cien acémilas cargadas
de los desvelos del Persa,
de los esquilmos del Parto,
de los tesoros de Grecia,
de los metales monarcas,

granas, alcatifas, telas,
 a vuestros pies reales postra;
 y porque en su estima venza
 las dádivas de Alejandro,
 pródigo os da en una prenda
 la mejor de su corona,
 la mayor de sus riquezas,
 el alma y vida en la infanta,
 que es cifra de sus grandezas.

FERNANDO: Cuerdamente habéis sabido,
 don Tello, aplacar ofensas,
 pues servicios semejantes
 más obligan que destemplan.
 ¿Adónde está doña Blanca?

TELLO: En la villa de Briviesca
 goza de dos libertades:
 la del cuerpo la primera
 a su patria reducida,
 y la del alma, que exenta
 de las pensiones de amor
 ya es señora de sí mesma.

FERNAN. ¿No sois vos esposo suyo?

TELLO: No, señor.

FERNANDO: ¿Por qué?

TELLO: No fuera
 lícito en provincia extraña,
 sin vuestro gusto y licencia.

FERNANDO: Pues ¿cómo decís agora
 que, libre ya, su alma reina
 de sí misma, si es que os ama?

TELLO: Mudanzas la dicha alteran
 del mar del primer amor.
 Como cansa la asistencia,
 y yo siempre la he servido,
 ya me olvida.

FERNANDO: Su extrañeza,
 don Tello, ha de estaros mal;
 porque aquí la competencia
 de don Diego os ha de hacer
 mal tercio, que adora en ella.

Yo os restituyo a mi gracia;
y aunque a la suya quisiera,
dudo que en jurisdicciones
de amor poder un rey tenga.
Notable ocasión perdiste;
pues cuando las aprovecha
todo solícito amante
malograste las de ausencia.
O servidla u olvidadla,
que yo, sin haceros fuerza,
neutral con don Diego y vos,
y atento a las diligencias
del que fuera más feliz,
premiaré al uno con ella.
Y vos, infanta y señora,
sin extrañar diferencias
de leyes y de regiones,
juzgaos en la patria vuestra,
que si allí fuisteis infanta,
en Castilla seréis reina,
dichoso todo mi estado
en que serviros merezca.

CASILDA: Segura yo de la fama
que justamente celebra
vuestro valor, me dispuse
a experimentarla y verla.
Ni a mi patria ni a mi padre
echo menos, que ofendiera
el favor que os reconozco
si me juzgara en la ajena.
Por mi padre os tengo yo
y como tal me conceda
licencia, que sólo busque
estos Lagos, vuestra Alteza.
Yo sé que impiden hallarlos
ostentaciones soberbias
de aplausos y compañías;
el cielo me dio sus señas
y él mismo inclina mis pasos
para que mis diligencias

sin presunciones humanas
hallar su sitio merezcan.
Esta merced os suplico.

FERNANDO: Admire nuestra tibieza,
infanta, vuestro fervor,
y no se impida esta empresa;
por mí, con vos Tello vaya,
y como a mí os obedezcan
cuantos lugares y villas
gozaren vuestra presencia.
Que si, como en Dios confío,
vuestra fe saliese cierta
y hallando el agua admirable
que ignoramos, tengo nuevas
de vuestra salud, mi corte
os recibirá a la vuelta
con triunfos que satisfagan
mis deseos y sus fiestas.

CASILDA: El cielo, invicto Fernando,
la monarquía os conceda
de España, que dividida
en tantos reinos, tragedias
del godo infelice llora,
para que en vuestra cabeza
totalmente restaurada
a su antiguo esplendor vuelva.

Vanse el REY y los suyos

AXA: Solo un mes, prima mía,
de plazo dio tu padre a la porfía
con que aquí hallar esperas
estos Lagos--mejor diré, quimeras--
pues que te descaminas
por patrias y regiones peregrinas.
Busquémoslos, si es cierto
que esconde tal milagro este desierto.
Que, ya, Infanta, en sus valles,
ya en sus montes, remedio y salud halles,

o ya, conforme creo,
 quimérico te engañe tu deseo,
 el término cumplido
 nos hemos de volver.

CASILDA: Quien me ha traído
 hasta aquí sin recelo
 de tanto inconveniente, que es el cielo,
 nunca, prima, se estrecha
 en límites humanos; satisfecha
 estoy, aunque te asombres
 de hallar salud aquí, ya que en los hombres
 se muere mi esperanza;
 qué sabes tú si estriba en la tardanza
 que Dios tiene dispuesta
 mi salud? Lo difícil mucho cuesta.
 Ya un mes, un año aguarde
 el bien; si viene, nunca llega tarde;
 ojalá la fe mía,
 discurriera sin vuestra compañía
 por estas soledades,
 hallara en ellas yo felicidades
 que, por la vuestra ciega,
 me las dilata el cielo o me las niega.

AXA: Ya estás, prima, entendida;
 ya yo la causa sé de tu venida;
 no en lagos mentirosos
 estriban tus deseos amorosos,
 que éstos imaginados
 encubridores son de tus cuidados.
 Lagos, sí, que de llamas
 ilícitas te encienden, pues que sé que amas
 a don Tello, de suerte,
 que el honor atropellas y la muerte.
 Celos de doña Blanca
 en Castilla te abrieron puerta franca,
 por ver que si venía
 con ella, y tu esperanza enflaquecía;
 con ilusiones vanas
 del rey tu padre enterneciste canas,
 y disfrazando engaños,

hechizos diste a sus postreros años,
 para que permitiese
 que consigo don Tello te trajese.
 Doña Blanca, ofendida
 de ti, y don Tello que por ti la olvida,
 apenas de su tierra
 pisó la raya, cuando se destierra
 de agravios que a la vista
 ofenden más; don Tello, en fin, asista
 a tus ojos, que en ellos
 duplicarás por ser cristal los Tellos.

TELLO: Axa atrevida, enfrena
 la lengua torpe de malicias llena.
 ¿Qué has visto en mí y la Infanta
 que pueda ocasionar blasfemia tanta?

AXA: He visto que te adora,
 que olvida nuestra ley; que Blanca llora
 tu ingratitud y olvido;
 que a su padre y hermano, fementido,
 pagas el ampararte
 en su reino, y ahora asegurarte
 la patria, hacienda y vida
 en robarle la infanta que perdida
 por ti con torpe llama
 su ley, su sangre y su corona infama.

CASILDA: Mi Dios, a Vos os toca
 mirar por mi opinión contra esta loca,
 que su malicia muestra;
 por mi causa volved, y por la vuestra.

*Vuela la Santa CASILDA. Dentro dice una
 VOZ*

VOZ: Sí haré, Casilda mía.
 No te merecen, ven, y en mí confía.

TELLO: ¿Qué es esto, cielos santos?

AXA: Hechizos tuyos son; serán encantos
 de tu ley que nos vende
 traiciones por milagros; ya se entiende

el fin de tus cautelas.

TELLO: Paloma pura que amorosa vuelas
a la estación segura
donde vive sin riesgos la ventura,
¿por qué crüel conmigo?
Alas tiene mi amor, las tuyas sigo.

Vase don TELLO

AXA: ¿Su amor sigue su vuelo?
Luego es ya certidumbre mi recelo;
luego para gozarla
con hechizos intenta remontarla.
¡Ay rabiosas sospechas!
Al vuelo los matad, tiradlos flechas;
mas ¿qué flechas mayores
que celosas venganzas y rigores?
Yo haré que en vez de espigas
cubran los campos armas enemigas;
despoblaré a Toledo
por que a Castilla, al mundo, ponga miedo.
Provocaré esta injuria
al príncipe y al rey a tanta furia,
que con su gente toda
renueve el llanto a la tragedia goda.
Marchemos a Toledo,
que si con celos viva llegar puedo,
verá Fernando presto
el peligro mortal en que está puesto,
y que, si en él se apoya,
será Casilda Elena, Burgos Troya.

Vase AXA

*Salen ALÍ Petrán y ABÉN Rogel,
moros*

ALÍ: No hay fiar en amistad
de cristiano, pues sALÍó

falsa la de Tello; no
 en prendas y calidad,
 de nobleza castellana.
 Engañóme fementido,
 Tello, desagradecido;
 llevóme el honor y hermana;
 que así paga beneficios
 quien respetos atropella.
 Amaba yo a Blanca bella,
 y por deslumbrar indicios
 de mi pena y no agraviarle,
 de suerte incendios reprimo
 que a que la ausente le animo,
 ¡qué mal hice en no matarle!
 Pues corriendo por su cuenta
 correspondencias de amigo,
 yo con su dama le obligo
 y él con mi hermana me afrenta.

ABÉN: No injurias, príncipe, así
 la virtud más conocida
 que dio a la alabanza vida.
 Míralo bien, vuelve en ti.
 La infanta es toda pureza,
 su padre el rey, todo amor;
 Fernando, todo valor;
 don Tello, todo nobleza.

 Ciegamente satisfaces
 la fama de tu opinión.
 Con esa imaginación
 no quiebres, señor, las paces
 con Fernando establecidas,
 que si en su poder está
 la infanta, ocasión tendrá
 en que vengarse.

ALÍ: No hay vidas
 en toda la cristiandad
 que puedan venganza darme.
 En vano intentas templarme
 con quimeras su amistad.
 Rompió don Tello conmigo,

de la infanta enamorado;
 mi amistad ha profanado
 por llevársela consigo.

Fingió lazos milagrosos
 que al rey mi padre engañaron;
 que me ausentase aguardaron,
 traidores y cavilosos.

¿Qué lagos, qué aguas divinas
 tiene Castilla excelentes
 que en mortales accidentes
 aseguran medicinas?

¿Son en Toledo distintos
 cristales de más virtud?
 Si hay aguas que den salud,
 fuentes tiene de jacintos

Toledo, donde pudiera,
 cuando los venera España,
 la infanta que nos engaña
 cobrar la salud que espera.

Más oro que peces cría
 nuestro Tajo en sus arenas,
 que para ALÍviar sus penas,
 curar su melancolía,

si ella no fuese mudable,
 dieran remedio a su mal;
 que el Tajo, todo cristal,
 también es oro potable.

Tello y Casilda me ofenden.
 En Cristo la infanta adora,
 ni el rey Fernando lo ignora
 ni es bien, aunque lo pretenden,
 que desmienta mi recelo
 mientras venganza no toma
 de todos tres. ¡Por Mahoma,
 que he de postrar por el suelo
 cuantas poblaciones dan
 a Fernando la obediencia!
 No se fie en la clemencia
 Castilla de Alí Petrán.

¿Qué gente hemos cautivado?

ABÉN: Trescientos, que a tus enojos
sirven de tristes despojos,
y la paz ha descuidado
de Toledo con Castilla.

ALÍ: Yo mismo tengo de ser
su verdugo; yo verter
su sangre, yo destruilla.
Lavaré esta tarde en ellos
mi injuria; al cielo pluguiera
que tantos Tellos hubiera
como hoy pienso segar cuellos,
que con todos no apagara
la sed que ocasión me da
a su muerte.

ABÉN: De aquí está
no lejos Guadalajara;
venderlos será mejor
en ella, si pagar quieres
tus moros, que hay cien mujeres
y treinta niños. Señor,
templa tu enojo, enriquece
con la presa a tus soldados.

ALÍ: Al paso que mis cuidados,
la venganza de ellos crece.
Atadlos todos, dejad
que imagine en cada cuello
una Castlida y un Tello,
oprobio de la amistad.

ABÉN: Véngate, pues, riguroso.
Tu acero en su sangre baña
si es digna tan torpe hazaña
de un príncipe generoso.

*Vase ABÉN Rogel. Quédese ALÍ
Petrán y luego sale nuestra señora, Santa
MARÍA*

ALÍ: ¡Oh, cobarde! ¿tú también
me injurias? Por Alá santo

que tengo de ser espanto
 del bautismo en cuantos ven
 mis ojos. No me mitigues
 piedad hasta aquí afectada.
 Triunfe de ingratos mi espada.

*Quiere entrarse ALÍ, la espada desnuda.
 Ábrese al paso una higuera, y entre las ramas se aparece
 nuestra señora Santa MARÍA. cáese ALÍ asombrado, e
 hinca la rodilla. Quédase con la espada como amenazando a
 la imagen*

MARÍA: Petrán, ¿por qué me persigues?

ALÍ: Todo el cielo sea conmigo.
 ¿Qué hielo es el que me abrasa?
 ¿Qué fuego en nieve traspasa
 el alma que en él mitigo?
 ¿Quién eres, luz milagrosa,
 formidable y apacible,
 süave cuando terrible,
 tierna cuando rigurosa?
 ¿Quién eres, que tal espanto
 has puesto en el alma mía
 que tiembla?

MARÍA: Yo soy María,
 a quien tú persigues tanto.
 Contra estímulos del cielo
 vana resistencia haces.

ALÍ: Saulo afirman que hizo paces
 con Cristo postrado al suelo
 cuando otro tanto le dijo,
 si es bien que crédito dé
 a ministros de su fe.

MARÍA: Ése es Dios, y ése es mi Hijo.

ALÍ: Ése por ti mi fe adora.
 ¿Qué quieres hacer de mí?

MARÍA: Un Saulo segundo.

ALÍ: En ti
 mi ventura se mejora.

MARÍA: Cristiano quiero que seas,
 que a servirme te apercibas,
 que en esta soledad vivas,
 que el amor que en Blanca empleas
 lo mudes en mí.

ALÍ: Favor
 digno de esa enano franca,
 vos sois pura, vos sois blanca,
 vos las medras de mi amor.

Con vos, cándida Señora,
 la nieve que aurora pisa,
 comparada es etiopisa;
 la noche ella, vos la aurora.

Soldados, alcaides, gentes,
 moros, venid a admirar
 un árbol que sabe dar
 por fruto el sol en su oriente.

Estrellas lleva por flores
 que exhalan aromas samios,
 celebrad epitalamios,
 exagerad mis amores,
 alcaides, moros, cautivos.

MARÍA: No te canses en llamarlos,
 mi vista pudo asombrarlos,
 pocos de ellos huyen vivos;
 libres mis cautivos gozan
 la patria que les negaste.

ALÍ: Los rayos que fulminaste
 enamorando destrozan;
 causado han contrario efecto
 Señora, en ellos y en mí.

MARÍA: Quiérote yo sólo a ti,
 que el firme amor es secreto;
 finezas son voluntades,
 y éstas méritos subliman;
 los que se aman más estiman
 que imperios las soledades.
 En ésta quiero que asistas.
 Tu hermana, de mi Hijo esposa,
 sierras habita amorosa.

Hoy sale en ellas a vistas.

Imítala tú oficioso,
pues por mi prenda te elijo;
ella esposa de mi Hijo
y tú de su madre esposo.

Aquí has de vivir, Petrán,
para blasón del bautismo,
conquistador de ti mismo,
de mi imagen capellán.

Yo propia he de bautizarte.

ALÍ: ¡Hay tan inmortal favor!
Ministro tendré mejor
que el Hombre Dios si en tal parte
la primer gracia me das
que las almas eterniza,
pues si a Cristo Juan bautiza
a mí su madre, que es más.

¿Pero adónde hallar podremos
agua que materia dé
al principio de su fe
si seco este valle vemos?

MARÍA: Más puedo yo que Moisés,
que soy de Jesé la vara.
Fuente milagrosa y clara
brotará el campo a tus pies.

Vente á bautizar en ella.

ALÍ: Esferas de eterno ornato,
suplid hoy el aparato
de mi bautismo; luz bella
del sol, sírveme esta vez
de vela sobre la fuente
de tu globo transparente.
Aurora, tu candidez
de la pureza me vista
que la gracia al alma da;
lleven los cielos maná
en que el pan de amor asista,
que es mazapán verdadero
que al bautismo da eficacia;
la paloma, toda gracia,

será la sal y el salero.

El manantial perenne
del Uno y Tres, que ya adoro,
será el aguamanil de oro
pues de Él todo el bien nos viene.

Serafinos y querubes,
de luz argentando el viento,
honren mi acompañamiento
sobre carrozas de nubes,
que la mayor jerarquía
bien puede venir por vos,
donde es el padrino Dios
y me bautiza María.

*Música. De dos nubes bajan al tablado seis
ÁNGELES, tres de cada una, con masapán, vela, salero,
fuente, capillo y aguamanil. El mismo árbol baja hasta poner
en el tablado a Santa MARÍA; éntanse en dos hileras,
detrás ella y a su lado el príncipe ALÍ
Petrán*

MARÍA: Todos los que has convidado
quiero yo que honra te den.

ALÍ: Racimos de luz se ven
que el Olimpo han despoblado.

MARÍA: A quien es mi Capellán
de esta suerte sé yo honralle;
ven, y llámese este valle
de tu nombre, Sopetrán.

*Vanse los dos. Salen PASCUAL y CARRASCO,
villanos*

PASCUAL: ¿De aquí a ocho días?

CARRASCO: Sin duda.

PASCUAL: ¿Mari Pabros y Gilote?

CARRASCO: Mari Pabros con su dote.

PASCUAL: ¿Se me muda?

CARRASCO: Se te muda.

PASCUAL: ¿Y que se chere casar?

CARRASCO: Herlo de semana espera.

PASCUAL: ¿Hasta que el otro se muera?

CARRASCO: Hasta llegarlo a enterrar.

PASCUAL: ¿Con Gilote?

CARRASCO: ¿Pues con quién?

PASCUAL: ¿Mari Pabros?

CARRASCO: Mari Pedros.

PASCUAL: Verá el diabro con los medros
que sale quien chere bien.
Idvos, que me chero ahorcar.

CARRASCO: ¿Cuándo?

PASCUAL: ¿Qué diabrós sé yo?
¿Que se mudó?

CARRASCO: ¡Se mudó!

PASCUAL: ¿Mari Pabros?

CARRASCO: ¡Pescudar!

PASCUAL: Pues ya mi engaño quillotra
la venganza más extraña
que ha vido nuesa montaña.

CARRASCO: ¿Cuál es?

PASCUAL: Casarme con otra.

CARRASCO: Si pudieses bien harías.

PASCUAL: Pues ¿por qué no han de poder?
Olalla es moza y mujer.
Mas, en fin, ¿de aquí a ocho días
se matrimañan los dos?

CARRASCO: Su tía lo ha concertado.

PASCUAL: ¿La del ojo arremangado?

CARRASCO: Ésa.

PASCUAL: Maldígala Dios.

Vase CARRASCO

Marica, pues te mudaste
en medio año que tardé,
a tu boda cantaré
que no hay [otro aquí] quien baste.

Canta

*"Contra la voluntad grande porfía
de un Gil, de Mari Pabros y su tía."*

*Baja MARI Pabros las peñas hilando y
canta*

MARI: *"De hoy en ocho días si le praxe a Dios
¡hu, hu, hu, los dos, hu,hu, hu,los dos!"*

PASCUAL: *¿Los dos? Mal año y mal mes;
sí, hilad, hilad: Bercehú
vos hile; cantá el ¡hui ihu!
que muy buena hillaza hacés.
Echá tela para el dote
y de mí no se vos liembre;
hilad, que muy buen urdiembre
haredes vos y Gilote.*

MARI: *¿Pascualillo? ¿Pascualejo?
¿Pascualote el mi llorado?*

Baja

*¡Que no estabas cativado!
No me cabe en el pellejo
el gozo: embracjame.*

PASCUAL: *Arredraos, la engilotada,
que muy gentil ensalada
habéis hecho, sí a la he.*

MARI: *Si infinito no te chero,
si más por ti no he llorado
que un andalubio ñublado,
que todo un diciembre entero,
que junto al hogar un bizco,*

que cuando cebollas topo,
 que en un entierro un guisopo,
 que un arroyo por un risco,
 mala landre...

PASCUAL: En ocho días,
 si le prace, prace a Dios,
 ¡hu, hu, hu, hu, hu, hu, los dos!

MARI: Endiviné que venías
 a la matrimoñadura,
 que por puntos aguardaba
 y cantando convidaba
 vecinos, alcalde y cura
 porque viniesen a honrarnos
 después que te lloré muerto.

PASCUAL: Mari Pabros, ¿esto es cierto?

MARI: Como el finar y enterrarnos.

PASCUAL: ¿Que no tenes voluntá
 a Gilote el del hu, hu?,

MARI: Verá: ¿yo a Gilote? ¡Pú!

PASCUAL: Escopid la otra metá
 y escopiréis vueso nombre.

MARI: Ea, desenójesé.
 No chero que murrio esté,
 que es garrido y gentil hombre.
 Él mi manso, él mi pachón
 encaja aquí.

PASCUAL: Mari Pabros,
 estaos queda con los diabros,
 que me da el arremetón.

Salen el rey FERNANDO y doña

BLANCA

BLANCA: Huyó de tu compañía
 la infanta mora y don Tello,
 tu Alteza puede sabello
 de los moros que traía.
 Si de tí su rey se fía
 y después su ofensa sabe
 peligro amenaza grave

a tu reino y su opinión,
mientras la satisfacción
estas sospechas no lave.

FERNANDO: Doña Blanca, si es verdad

lo que afirmas, y no creo,
caro lé saldrá el empleo
de su torpe voluntad;
Tello, en mi severidad,
hallará justos castigos,
y yo en Toledo testigos,
cuando a su infanta les dé,
que amistades guardar sé
como vencer enemigos.

No me los han de esconder
cuantos riscos dificultan
las sierras que los ocultan
los valles que llevo a ver.
Mas primero he detener
quien de esto me certifique,
que mis enojos publique.

PASCUAL: Mosca le dio a nuestro rey.

Huyamos, aho...

MARI: Bien se veye.

PASCUAL: Par Dios, que mos crucifique.

Vanse estos dos. Sale don TELLO

TELLO: Oye, Fernando invicto, novedades
que ilustren, por divinas, tu memoria;
desmentirán novelas sus verdades
dando aplausos al cielo, a España historia;
no en bronce, pero sí en eternidades,
a Castilla blasón, a Burgos gloria,
la fama envidia a nuestros siglos canta,
ocasionada de Casilda santa.

Ésta, que del blasfemo barbarismo
del pseudo Cristo que idolatra Meca,
fénix renace sólo de sí mismo,
única y fresca flor de planta seca

para triunfos eternos del bautismo;
 coronas pisa; por desiertos trueca
 del solio augusto aclamaciones reales,
 púrpuras ya en Casilda los sayales.

Estorbaba deseos la malicia
 de su infiel compañía, cuando anhela
 retiros el afecto, y la noticia
 del amoroso ardor que la desvela;
 volvió por la inocencia la justicia,
 peregrina impresión regiones vuela,
 garza veloz que penetrando vientos
 aires engaña y vuela pensamientos.

Siguiéronle mis ojos, mis suspiros,
 éstos se lleva y se remonta a aquéllos,
 diamante flor en prados de zafiros,
 del sol opositores sus cabellos.
 Registré soledades y retiros,
 voces y pasos aventuro entre ellos;
 mas ¿qué importa, si en vano, aunque veloces,
 desmaya pasos y enronquece voces?

Pródigo de la vista, la dilato
 desde una elevación que, presumida,
 monarca es de diamante, cuyo ornato
 trono es del sol cuando amanece vida,
 lince de un valle el fin, a Flora grato,
 sobre un enano mar miro vestida
 del mismo sol que se incorpora en ella
 retratarse en sus vidrios una estrella.

Yacen dos lagos en distancia breve
 al pie de esa apacible pesadumbre,
 néctar de Apolo que abrasado bebe
 cuando le causa sed su misma lumbre,
 y es su pechera en desatada nieve
 desde el verde coturno hasta la cumbre,
 la sierra su vecina que entre espumas
 aloja escamas y naufraga plumas.

Casilda, pues, en la arenosa orilla,
 norte suyo la estrella precursora,
 falaces yo en los pies para seguilla,
 mis voces huye y de estación mejora;

un césped se le acerca, maravilla
que pasma al mismo tiempo que enamora,
pues ya leve bajel sin vela y remo
la traslada instantánea al otro extremo.

Toca apenas cristales con la planta
cuando su enfermedad huye vencida,
santas sus aguas por Casilda santa
pues ya ofrecen salud, ya voz de vida;
su virgíneo contacto virtud tanta
al lago comunica, que se olvida
la sangre fugitiva o se restaña
de quien llega mortal y en él se baña.

Deja aquel valle, pues, y yo la sigo,
juzgando por atajos los rodeos,
hasta una cueva donde fui testigo
de mártires victorias y trofeos.
Vicente, desde el tiempo en que Rodrigo
tan mala cuenta dió de sus empleos
y el africano tiraniza a España,
con sus reliquias honra esta montaña.

En ella hallé a Casilda, en ella erige
mausoleo a Vicente donde pueda
su culto venerar que en ella elige
la habitación con que su amor hospeda;
convoca jornaleros y dirige
cuanto oro, plata, joyas, perlas, seda,
del poder de su padre son indicio
para que abrevie el premio su edificio.

Vuela la fama y los extremos toca
de España, que escuchándola se admira
multiplicada en lenguas, que una es poca,
verdad toda esta vez, las más mentira.
A ver este prodigio se convoca
cuanta nobleza, cuanto vulgo mira
desde sus atalayas la Bureva,
sus valles población, corte su cueva.

Éstos los Lagos son de San Vicente,
incógnitos hasta hoy, ya medicina
de toda enfermedad, todo accidente.
Ángel la infanta ya de esta piscina,

Magdalena segunda penitente,
pero cándida virgen que encamina
al cielo afectos que la den corona
y España la venere por patrona.

FERNANDO: Testigos falsos, Blanca, son los celos,
enemigos sofisticos de casa.

BLANCA: Dichosa la verdad que en sus desvelos
el mal redime y a la envidia abrasa.

FERNANDO: Vamos a ver prodigios de los cielos
que, si como don Tello, afirma, pasa,
pies de Casilda adorarán mis labios.

BLANCA: ¡Ay celos de alquitrán, padres de agravios.

*Vanse todos. Salen cuatro cuadrillas por entrambas
puertas, cada una de por sí, todos los de la
compañía cantando con pandero, sonajas, tamboril y
gaita, vestidos de villanos*

MÚSICO 1: *"¡Ay que a las velas de Casilda santa
Quintana de Bureva se lleva la gala!"*

MÚSICO 2: *"¡Ay que a la vela de la ermita nueva
Rojas y Galbarros la gala se llevan!"*

MÚSICO 3: *"¡Ay que a la vela de los lagos nuegos
a todos se la gana la gaita de Bueso!"*

MÚSICO 1: *"Bueso."*

MÚSICO 2: *"Quintana."*

MÚSICO 3: *"Rojas y Galbarros."*

MÚSICO 4: *"¡Vitor Quintana, cola todos cuatro!"*

CARRASCO: No tengamos carambola,
si a velar venido habemos,
son asentarse y calleemos.

MARI: ¡Vitor Bueso y todos cola!

UNO: Si empezáis a daros, vaya,
en pendencia acabaremos
la fiesta. Amigos, baileemos
todos juntos.

CARRASCO: Vaya.

MARI: Vaya.

Cantan

UNOS: *"Que el pandero y la gaita de Ontoria
táñela tú, que a mí no me toca."*

Bailan

OTROS: *"Quien tuviere flujo de sangre
entre en los Lagos y en ellos se bañe."*

TODOS: *"Tócala tú, que a mí no me atañe."*

OTROS: *"La mujer que no es paridera
lléguese al baño y tírele piedras."*

TODOS: *"Tócala tú, que a mí me da pena,
que el pandero y la gaita de Ontoria
táñela tú, que a mí no me toca."*

En lo alto de las peñas PASCUAL

PASCUAL: *¡Mari Pabros! ¡Ha de abajo!
Serranos no os lo bailéis
todo, aguardad.*

MARI: *Hao, ¿qué heis?*

PASCUAL: *Echar por esotro atajo.*

MARI: *¿Quién diablo os encaramó
el mi Pascual?*

PASCUAL: *Pide olores
Casilda y cójola flores
para el altar que labró
a San Vicente en la cueva.*

MARI: *¿Y si dais de colodrillo?*

PASCUAL: *Vo a cortar aquel tomillo
que enrame la ermita nueva.*

MARI: *Ojo con la mata, asilda,
no haya enterrorio después.*

Deslízase PASCUAL y cae quedándose

asido de un tomillo todo el cuerpo en el aire

PASCUAL: Huéronseme dambos pies.

¡Válgasme Santa Casilda!

CARRASCO: ¡San Vicente sea contigo!

TODOS: ¡Jesús!

PASCUAL: Todo me bazuco

tomillo, a ser vos sahuco

sino es que hué cabrahigo

la remembranza de Judas

representa Juan Pascual,

Mari Pabros, sin dogal

me ahorcan, las tocas viudas

vos poned.

MARI: ¡Triste soceso!

CARRASCO: Hombre, encomiéndate a Dios.

PASCUAL: Encomendaos por mi vos

que yo no esté para eso.

El mi tomillo salsero,

vuélvete mechinal,

que de tu tomillo y sal

componer mi nombre chero.

Tomé de la Sal seré;

mi mujer será Tomasa,

Tomillos los de mi casa

mi apóstol Santo Tomé.

Santa mora ya cristiana,

Casilda la ermitañesa,

la amorosa, la infantesa

la virgen, la toledana,

doleos la santa de mí

pues vine con vos del Tajo.

Parece que va ancia bajo,

dando el tomillo de sí.

Descuégome poco a poco.

Vase alargando el tomillo y él

bajando

MARI: ¡Milagro!
 TODOS: ¡Milagro extraño!

Llega abajo

PASCUAL: Del mi suelo, año buen año;
 con los hocicos vos toco.

Besa el suelo

MARI: ¡El mi dueño, el mi carillo!
 Llega y embracíjamé.

PASCUAL: Cuido que no os oleré
 Mari Pabros a tomillo.

MARI: Bien haya quien en vos creye,
 Santa.

PASCUAL: ¡Hao! ¿qué gente es ésta?

CARRASCO: El rey que viene a la fiesta

PASCUAL: No es mi algalia para el reye.

Salen rey FERNANDO y doña BLANCA

FERNANDO: Celos, doña Blanca hermosa,
 tienen ímpetus franceses,
 rigurosos al principio,
 después ni activos ni fuertes.
 Nieblas enlutan al sol,
 mas en humo las resuelve
 la eficacia de sus rayos
 que, aunque acometidos, vencen.
 Sol es la verdad, en fin,
 puesto que eclipsarla intenten
 nieblas del amor celosas,
 que cuando amenazan mueren.
 Vos habéis cuerda elegido
 prenda en don Tello a quien debe

vuestro amor perseverancias
 dignas que con vos se premien.
 Don Diego ya no compite
 con él, antes interceden
 en su favor amistades
 que indignaron accidentes;
 daréisle en Burgos la mano.

BLANCA: Sois vos, Fernando el clemente,
 el iris de nuestras paces,
 el espejo de los reyes.

Sale don TELLO

TELLO: Nuestra infanta, gran señor,
 tanto con los cielos puede
 que eslabonando milagros
 admiraciones suspende.
 A costa de sus tesoros
 templo fabrica solemne
 al César aragonés,
 al siempre invicto Vicente.
 Mas el común enemigo,
 envidioso de que herede
 Casilda a Dios los milagros
 con que esta tierra ennoblece,
 lo que labrara de día,
 de noche, torpe y aleve,
 por el suelo derribaba,
 porque el edificio cese.
 Pidió favor a su esposo,
 Casilda, y entre la ardiente
 suspensión de sus discursos,
 éxtasis toda celeste,
 inmóvil el cuerpo virgen,
 oye que Dios la promete
 su fábrica restaurarle
 sobre ese risco eminente.
 Juntáronse las rüinas
 y por sí solas se mueven

los ángeles de este alcázar
 artífices solamente.
 Toda la fábrica vuela
 por las nubes, de la suerte
 que de Palestina a Italia
 lo que en el Oretó tiene
 asiento felices siglos.
 Tanto Casilda merece
 que ya las piedras son plumas,
 por ella lo grave es leve.

*Música. Sube una ermita toda y en ella,
 abiertas las puertas, de rodillas la santa CASILDA elevada, y
 asiéntase el edificio sobre lo más enriscado de las
 peñas*

FERNANDO: ¡Oh asombro de los milagros!

¡Oh virgen! Que porque vuelas
 águila, al trono del sol,
 hasta su esfera te atreves.
 Patrón seré de tu casa.

TELLO: Toledo envíe y celebre
 si venturoso el criarte,
 lloroso y triste el perderte
 la patrona de Castilla.
 Los Lagos de San Vicente
 son estos. En la segunda,
 Tirso, su fin os promete.

FIN DE LA COMEDIA